

Puerto y castillo de Tarifa.

Dibujo de David Roberts.

BOLETIN

DE LA

ASOCIACION ESPAÑOLA
DE AMIGOS DE LOS CASTILLOS

N.º 31

CUARTO TRIMESTRE

AÑO VIII-1960

BANCO DE VIZCAYA

Fundado en 1901

Casa Central: BILBAO. Gran Vía, 1
Sub-Central en Madrid. Alcalá, 45

Capital desembolsado y reservas 1.525 362.000 de ptas.

225 Dependencias distribuidas por toda España, de ellas

153 SUCURSALES

72 Agencias Urbanas en: Alicante (1), Baracaldo (1), Barcelona (15), Bilbao (7), Córdoba (2), Elizondo, Granada (1), Las Palmas de Gran Canaria (1), Madrid (25), Málaga (1), San Sebastián (1), Sevilla (3), Tarragona (1), Valencia (7) Vitoria (1) y Zaragoza (3).

Extensa red de Corresponsales Nacionales y Extranjeros

SERVICIO DE RELACIONES EXTRANJERAS
especializado en la tramitación de toda clase de operaciones relacionadas con el comercio exterior.

(Aprobado por la Dirección General de Banca, Bolsa e Inversiones con el n.º 3.510)

BOLETIN DE LA ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE AMIGOS DE LOS CASTILLOS

Director:

Luis de Armiñán Odriozola.

Redactor Jefe:

Angel Dotor Muncio.

Secretario:

José Rico de Estasen.

Consejo de Redacción:

Federico Bordejé Garcés, Francisco Layna Serrano, Baltasar Rull Villar,
José Sanz y Díaz y Gervasio Velo y Nieto.

AÑO VIII | OCTUBRE-NOVIEMBRE-DICIEMBRE 1960 | N.º 31

Depósito legal. M. 941. 1958

S U M A R I O

	<u>Págs.</u>
Editorial.....	171
El milenario del castillo de Tarifa, por Federico Bordejé	173
Los castillos segovianos: Castilnovo, por Saturnino G. López Tablada	193
Excursiones. Por tierras de la provincia de Madrid, por el Alcaide de Trevejo	197
Excursión a los castillos de Ucero y San Leonardo de Yagüe, por Clemente Sáenz.....	201
Visita a Toledo, por Federico Bordejé.....	204
Un valioso testimonio	214
Noticario.....	215
Bibliografía, por A. D.....	218

ASOCIACION ESPANOLA DE AMIGOS DE LOS CASTILLOS

Presidencia de Honor:

S. E. D. Francisco Franco y Bahamonde,
Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos.

JUNTA DIRECTIVA PARA 1960

Presidente:

Excmo. Sr. D. Antonio del Rosal y Rico, Marqués de Sales.

Vicepresidentes:

Excmo. y Rvdo. P. Juan R. de Legisima.
Excmo. Sr. D. Juan Antonio Gamazo y Abarca, Conde de Gamazo

Secretario General:

Sr. D. Arturo Grau Fernández.

Secretario Adjunto:

Ilmo. Sr. D. José Rico de Estasen.

Tesorero:

Sr. D. Florentino Gómez Ruimonte.

Contador-Interventor:

Excmo. Sr. D. Jaime Nadal Fernández Arroyo.

Archivero-Bibliotecario:

Ilmo. Sr. D. Federico Berdejé y Garcés.

Vocales:

Excmo. Sr. D. Angel Dotor y Municio.
Ilmo. Sr. D. Jesús Marañón Ruiz-Zorrilla.
Excmo. Sr. D. Luis de Armiñán Odriozola.
Ilmo. Sr. D. Leonardo Villena Pardo.
Excmo. Sr. D. José Sanz y Díaz.
Ilmo. Sr. D. Fernando Moreno Barberá.
Ilmo. Sr. D. Luis Cervera Vera.
Excmo. Sr. D. José Antonio de Sangróniz, Marqués de Desio.
Excmo. Sr. D. Francisco Basterreche y Diaz de Bulnes.
Excmo. Sr. D. Enrique Pérez Comendador.
Excmo. Sr. D. Antonio Sarmiento León-Troyano.
Excmo. Sr. D. Clemente Sáenz García.
Ilmo. Sr. D. Francisco Layna Serrano.
Excmo. Sr. D. Baltasar Rull Villar.
Ilmo. Sr. D. Gervasio Velo y Nieto.

Asesor Técnico:

Ilmo. Sr. D. Antonio Frast.

Oficinas de la Asociación:

Plaza Mayor, 27, 3.º Teléfono 2-21-24-54.
(Horario: 5 a 9 de la tarde.)

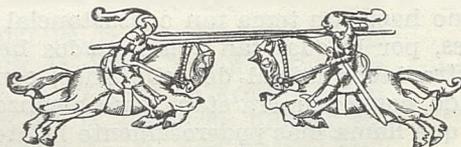
Editorial

El castillo, media de entendimiento entre las pueblas

DEBEMOS estar persuadidos de que la corriente de exaltadora afección hacia los castillos, ahora de día en día más patentizada, se manifiesta no sólo en España e Hispanoamérica, sino también en algunos países extranjeros, a juzgar por las informaciones y noticias que con frecuencia llegan a nuestro conocimiento, produciéndonos la natural satisfacción. Desde luego, no es extraño, por lo que a nuestro país respecta, que el ambiente—el clima, como ahora se dice—de comprensión—la cual reviste para no pocas personas carácter de descubrimiento—creado de algunos años a esta parte por nuestra Asociación vaya trocando en curiosidad e interés lo que antes constituía franca indiferencia, despegó paladino hacia un tema tan consustancial al suelo y al alma nacionales, por lo cual tan compensados hemos de sentirnos en nuestra labor inicial de ocho años, con lo patentemente ya logrado, como primera etapa para alcanzar ambiciosas metas. Pero lo que llama más poderosamente la atención, y ello ha de servirnos de ejemplo, es que en otros países europeos se vea hoy sincrónicamente peraltado el interés por los castillos, que allí fueron siempre estimados en su valor histórico y artístico, nunca tan relevante, empero, según es bien sabido, como el que encarnan los españoles, pues éstos ejercieron a lo largo del decurso secular función más específicamente bélica y formativa, por ende, de nuestra psicología y los fundamentos de nuestra vida individual y social.

Estas consideraciones, expuestas de la manera sumaria que exige la limitación espacial, son subsiguientes a la lectura de varias referencias a castillos alemanes, ingleses y galos aparecidas en prensa europea, todas ellas coincidentes en subrayar el papel relevante que tales edificaciones allí desempeñan, como motivo de atracción turística, al constituir exponente del arte y el pasado patrios. Empero, queremos referirnos a una de ellas,

que es la más significativa. Trátase del concepto que en la República Federal de Alemania se tiene de constituir los castillos «uno de los mejores medios de entendimiento entre los pueblos». Dando fe de ello, se ha elegido el castillo que posee el famoso industrial berlinés Borsig como lugar donde, de manera permanente, desarrollará su actividad la nueva Fundación recientemente inaugurada para el fomento de las relaciones culturales, sociales y económicas entre la República Federal y los países susceptibles de evolución, como complemento de la asistencia financiera. Esos contactos amistosos llevan aparejado el intercambio de ideas y experiencias tendentes a una cooperación duradera, y supondrán reunirse numerosos participantes invitados a través de los Ministerios de Relaciones respectivos como huéspedes del Gobierno Federal para participar en asambleas y seguir cursos bimestrales en los seminarios especializados acerca de numerosas disciplinas y conocimientos. Junto a esos cursos para dichos extranjeros habrá otros de carácter informativo, destinados a técnicos comerciales, investigadores científicos y políticos alemanes, a fin de que éstos puedan prepararse para viajar por los correspondientes países y penetrar más a fondo en el estudio del desarrollo histórico, de la mentalidad y de las condiciones actuales de la nación respectiva que intenten visitar.



La Junta directiva de la Asociación Española de Amigos de los Castillos y la Redacción de este Boletín expresan a todos los Asociados y simpatizantes sus mejores votos con motivo de las próximas fiestas de Navidad y entrada del nuevo año 1961.



D. ALONSO PEREZ DE GUZMAN

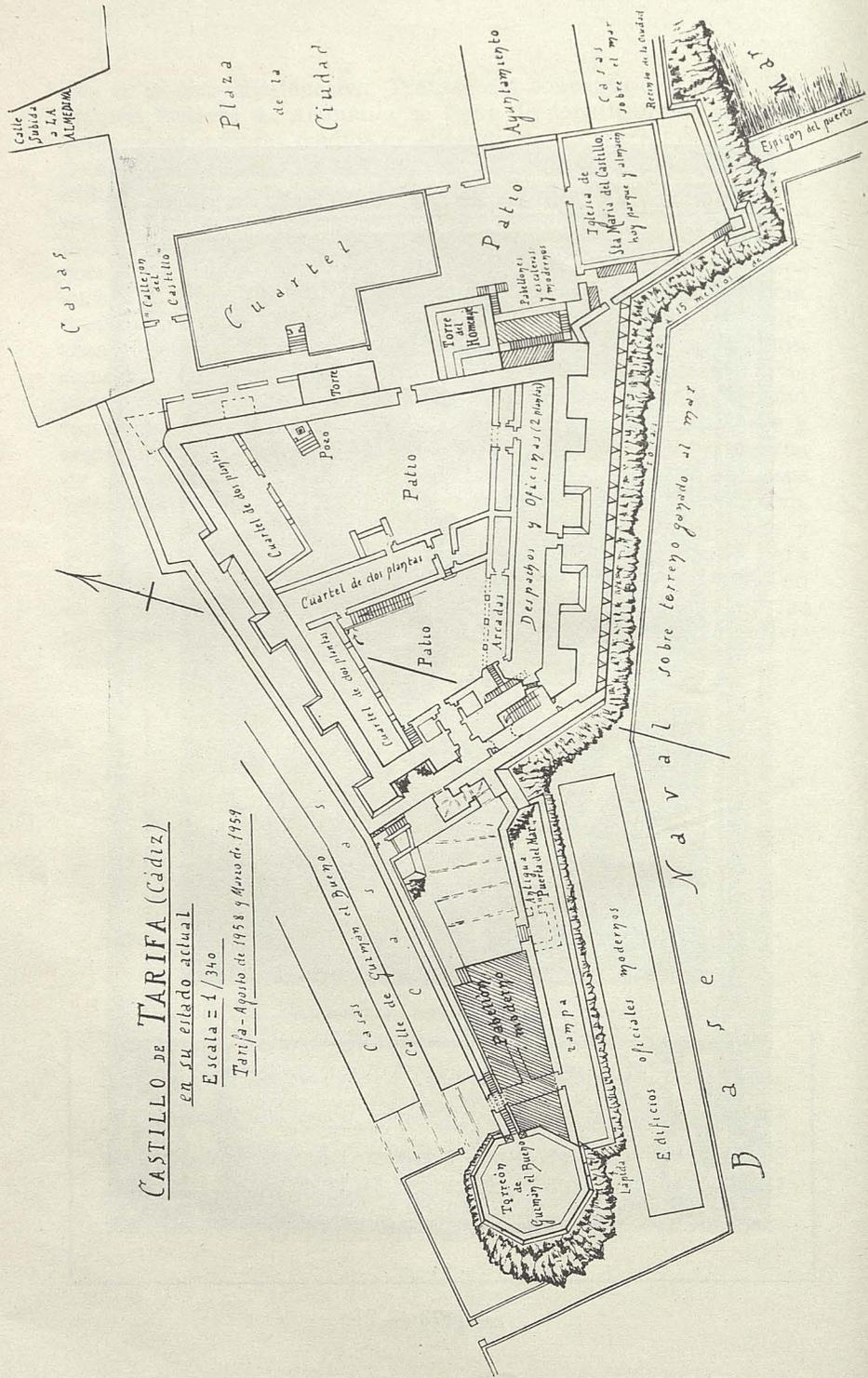
*llamado el Bueno, fue el que por no faltar
a su fealdad arrojó el puñal desde el muro de To-
rreya para que los Moros degollasen a su hijo ú-
nico. Nació en León en 1250, y murió peleando
junto a Gibraltar en 1309.*

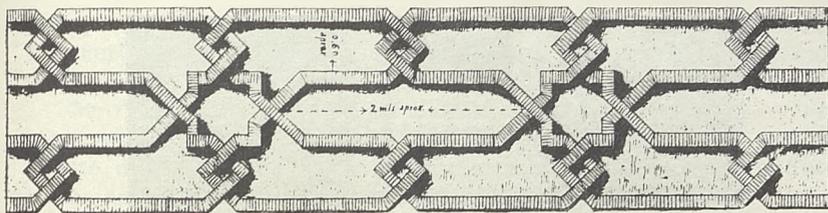
CASTILLO DE TARIFA (Cádiz)

en su estado actual

Escala = 1 / 340

Tarifa - Agosto de 1958 y Marzo de 1959





Castillo de Tarifa (Cádiz). Tracera de ladrillo, en relieve, que corre en lo alto y por el interior de todo el muro del frente del mar.

Tarifa, agosto 1958.

El milenario del castillo de Tarifa

POR FEDERICO BORDEJÉ

Es un hecho ya adquirido por todos los historiadores de la arqueología que la fortificación musulmana implantada en España desde la iniciación del Emirato cordobés fue, en principio, una simple transcripción de la fortificación bizantina, aquí trasladada en sus elementos y rasgos esenciales, aunque prontamente ajustada a las condiciones geográficas y constructivas del nuevo terreno en que se asentaba. Ello proporcionó a nuestros monumentos militares unas modalidades especiales que, desde el comienzo y a lo largo de todo el tránsito medieval, fijaron su inconfundible fisonomía y personalidad.

Sobre la puerta principal del actual castillo de Tarifa campea una simple lápida de mármol que, en claros caracteres cúficos, anuncia su reconstrucción, efectuada en el mes de abril del año 960, por orden del Califa Abderramán III. Si la existencia *in situ* de esa bella inscripción es ya por sí un milagro, no lo es menos el que la construcción sea también la original, pues, salvo las adiciones que la constante vida militar del edificio impuso, la obra califal permanece intacta en casi su total integridad.

El valor de esa lápida, a la que pueden acompañar las conservadas en los museos de Madrid, Mérida, Toledo y Cartagena, que recuerdan las fundaciones de la Alcazaba o Conventual extremeño y del castillo de Baños de la Encina en los años 835 y 968, respectivamente, o la ampliación y restauración de los recintos y puertas toledanas, por Wamba, y de las de Cartagena



Lápida de la fundación del castillo de Tarifa por Abderraman III. Año 960.

por el Emperador Mauricio de Bizancio, cuando en 589 la vieja ciudad de Asdrúbal aún le pertenecía, adquiere extraordinarias proporciones, pues comprueba una serie de cualidades que aseguran la ingente superioridad de nuestras viejas fortalezas.

La primera misión de esa inscripción y de esas piedras milenarias es la de demostrar, de modo patente y sin sospecha, la gran antigüedad de la fortificación medieval española sobre las demás, pues cuando este y otros muchos castillos se alzan, ya compuestos y desarrollados en todos sus elementos, no solamente peculiares, sino constructivos, la fortificación europea se halla, en general, en un estado embrionario y limitada, bien a defenderse o cubrirse con las piedras heredadas del Bajo Imperio romano o en las rudimentarias concepciones de *las Motas*, en las que se inicia el principio del dominio feudal. Los *donjones*, abreviatura del *dominiun* o *dominicum* territorial, levantados en Francia durante los siglos X y XI por el Conde Foulques Nerra de Anjou, los *Keeps* de la Conquista normanda de Inglaterra e, incluso, esas fortalezas, también normandas, a las que Viollet-le-Duc y el célebre Coronel Lawrence, entre otros, intentaron apasionadamente presentar como el origen de las fortalezas francas de Palestina, invirtiendo abiertamente los términos de las respectivas influencias, hoy bien demostradas por las fechas de edad de los principales castillos europeos, no podían en nada compararse con nuestras recias y sabias construcciones, porque cuando las torres y lienzos de Tarifa, Gormaz y muchas otras daban al aire sus almenas, aquéllas quedaban encerradas en las torres de las *Motas* señoriales, rudas e insuficientes, rodeadas por un simple *vallum*, a base de terraplenes y empalizadas, muchas veces de madera. Las fortale-

zas que la buena Reina Matilde dibujó y bordó en su famosa Tapicería conservada en Bayeux no eran simples o fantásticas invenciones, sino representaciones ajustadas a su plena realidad.

Otro de los valores que el castillo de Tarifa encarna—y en esto es aún superado por otras fortalezas anteriores es su ajuste desde el siglo X a las reglas precisas, elaboradas o dictadas en las fuentes, diríamos técnicas, que en todos los tiempos y lugares nutrieron a la fortificación clásica y oriental, madre y maestra de todo el arte defensivo que hasta el siglo XVI había de imperar. Tarifa, obra de aquel eminente y apasionado político y constructor que fue el tercer Abderramán, refleja las viejas enseñanzas y lecciones condensadas en aquellos tratados de la Escuela de Alejandría que por la imposición de nuestras condiciones topográficas, habrían de ser aquí interpretadas con admirables invenciones, algunas de las cuales habrían luego de trascender hasta la fortificación abaluartada. Tarifa es, en pequeño, una ciudadela bizantina, tal como antes y después lo fueron Mérida, Gormaz, El Vacar, Málaga y muchas otras que luego vendrán, sistemas fortificados completos que nadie podría superar.

Finalmente, pasando por alto infinidad de otros aspectos, Tarifa, indemne en su constitución inicial desde el año 960 de su fundación, sirvió íntegramente y sin apenas variación, durante todo el período medieval y aun se superó después, resistiendo a unos cuantos asedios de la Edad Moderna, que no pudieron vencerle, y continuando hasta estos mismos días en las mismas funciones castrenses para las que fue expresamente creado. Ello dice, primero, la sabia perfección de la arquitectura militar que lo erigió, y luego, el emocionado respeto que se debe a tan venerable edificio que en sus mil años de existencia sigue permanentemente fiel a sus destinos.

* * *

La presente fortaleza no es sino la continuación de otra u otras muy anteriores, de orígenes seguramente muy profundos, porque el pasado de Tarifa cimenta sus raíces en los mismos tiempos en que la historia peninsular nace, prescindiendo de que, por algunos antecedentes señalados, en los períodos prehistóricos pudo o debió ser ya aprovechada, por los eternos mandatos que al hombre impuso siempre el terreno y la geografía.

No podemos exponer aquí los seguros precedentes de la ciudad antes de la conquista romana. Carcopino, el grande y experimentado arqueólogo, tan especializado en el conocimiento de la vida antigua y clásica, expone en sus admirables estudios sobre el Periplo del Almirante cartaginés Hannon y la historia

de Marruecos, de Cádiz y del Estrecho en los tiempos púnicos y latinos; las grandes oscuridades existentes sobre tan remotas edades y la necesidad de serias investigaciones, que en lo que concierne a las ciudades españolas de la costa son hasta ahora verdaderamente insuficientes y elementales, a pesar de que los testimonios y vestigios no escasean. Pero la sola apreciación de la isla y del suelo de Tarifa evidencia, de modo absoluto, su ocupación cartaginesa, porque sus condiciones respondían por completo, según puede comprobarse con algunos otros ejemplos, a la estrategia militar y marinera de aquellos sagaces y entendidos navegantes, que de ninguna manera podían desatenderlas.

Pero dentro de esas nebulosas incertidumbres, que sería necesario despejar, se ha llegado, sin embargo, a saber que Tarifa fue la vieja *Tingentera*, patria del gran geógrafo latino Pomponio Mela, según él mismo declara, convertida después en *Julia Josa* o *Julia Transducta*. Es hoy el único superviviente de aquellos tres grandes puertos y ciudades—Carteya, Bolonia y ella misma—que actuaron y dominaron al Estrecho, cuando fuera de ellas, ni la inexistente Algeciras ni la mitológica Calpe, apenas suponían otra cosa que unas simples estaciones o atalayas, dependientes o subordinadas a la gran Carteya. Según está comprobado, Tarifa fue estación de las flotas cartaginesas y romanas, vigilante eficaz del *Fretum Herculeum* o *Gaditanum*, como punta la más avanzada sobre el mismo y puerto de embarque hacia la Mauritania, por donde, en el año 429, Genserico y sus vándalos cruzaron para ir a sembrar en Africa las sordas ambiciones de las hordas bereberes, que en su continua fermentación provocarían siglos más tarde las ideas de la invasión peninsular.

Durante el desarrollo inicial de esa misma invasión, en la que fue el primer suelo español pisado por los musulmanes, con aquel previo reconocimiento o exploración hecho el año 710 por Tharif ben Malek, que ya debió apoderarse permanentemente de ella, Tarifa y naturalmente su isla, a la que deberá su principal valor estratégico y marítimo y hasta, como veremos, su misma razón de ser, constituirán un objetivo capital, y si entonces las otras plazas contiguas, Gibraltar y Algeciras, comienzan a desarrollarse, una vez desaparecida Carteya, la antigua Tingentera continuará en su absoluta importancia, porque su posición sobre el Estrecho y frente a la costa africana es ley estratégica permanente que nadie ni nada puede borrar ni siquiera en la época presente, según lo acreditan esas obras recientes construidas bajo el antiguo fuerte de Santa Catalina.

Era más que natural, obligado, que esas insignes posiciones de la isla y la ciudad estuvieran formalmente fortificadas desde los tiempos de las propias navegaciones púnicas. Y aunque no han quedado sino leves restos de las construcciones anteriores,



Castillo de Guzmán el Bueno (Tarifa).

Apuntes de Cobos, año 1823.

seguramente sumergidas en la constante actuación y reformas a que Tarifa fue sometida, todo impone la existencia de esas fortificaciones, porque asimismo la fortificación era otra de las razones de ser de la historia de Tarifa y ello ha sido igualmente demostrado hasta nuestros días.

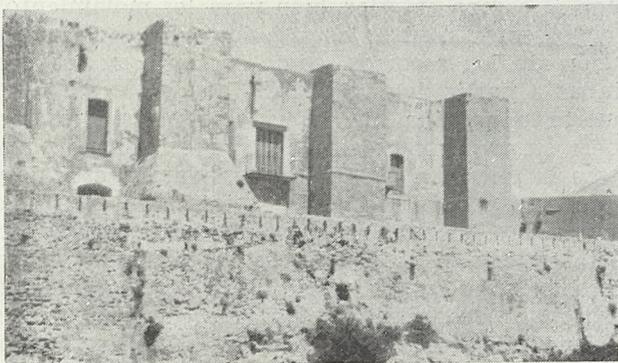
Cuando adviene al trono cordobés el activo Abderramán III. que forma la gran cumbre del Califato, al que domina con su poderosa personalidad, la vieja fortaleza debía adolecer de ciertos arcaísmos o deficiencias, en relación con las exigencias castromentales del tiempo y con sus proyectos políticos sobre los fatimiditas del centro norte-africano y los idrisitas de Marruecos, a los que por fin consiguió dominar y desterrar. Es muy posible que en estos propósitos y miras resida la idea de la reconstrucción del castillo, hecha, por otra parte, un año antes de su muerte, como fuerte cabeza de puente en el Estrecho, frontera a Ceuta y a Tánger, puntos o plazas sobre los que recaía todo el sistema militar y marinerío de la costa africana que desde hacía tiempo estaba ya en su poder.

La obra califal, que debió heredar de la anterior su suelo y hasta, en cierto modo, la configuración de su trazado, consistió en una vasta construcción de planta trapezoidal, bastante regular, asentada sobre una elevada meseta rocosa, intencionadamente alisada o *peñada* por tres de sus lados, ceñidos por una alta y consistente barrera, que además de obrar de contrafuerte

o contención, cooperaba estrechamente a la defensa, escalonando sus efectos y sirviendo de cierre a la fortaleza superior, formada, a su vez, por un conjunto de torres rectangulares poco salientes y lienzos muy cortos, sucesivamente acumulados por cada uno de sus frentes, lo que, con la altura y esbeltez de las torres, su alzada sobre los contiguos adarves y su completo macizado, constituyen algunos de los auténticos signos de la arquitectura militar califal, inspirada en la bizantina, aquí perfectamente conservadas.

La relativa regularidad y amplitud de este cuerpo o castillo superior y sus líneas y situación sobre el conjunto, además de su cuidadosa construcción, obligan a pensar en lo referente a su habitabilidad y si su reedificación pudo obedecer a la mencionada aunque en todo caso tardía idea del Califa Abderramán de constituir y fijar expresamente en Tarifa el puente de paso y de comunicaciones con Africa, levantando, al mismo tiempo que una severa y potente fortaleza, una residencia especial para el caso en que los mismos soberanos o sus caudillos se vieran obligados, en sus intentos o proyectos políticos, a cruzar el Estrecho. La nobleza de líneas del edificio abonaría tales suposiciones, que hoy no pueden aclararse por las infinitas reformas sufridas en su interior, en el continuo uso, como alojamiento de una guarnición militar en que ha perseverado hasta nuestros días. Solamente la existencia de un extenso friso o tracería de ladrillo en relieve, alzado por dentro, a lo largo de todo el frente del Sur, apenas perceptible por su altura sobre los actuales tejados y por la oscura pátina del tiempo, impone la consideración del destino de tal ornamentación, no repetida, por cierto, en los otros costados del edificio. Es el único motivo seriamente artístico, visible en todo el conjunto, y su composición absolutamente regular, sus grandes proporciones, pues que el friso se aproxima a unos 40 metros de largo por dos y medio de ancho, y su extraña colocación bajo los altos adarves, pueden dar lugar a una serie de ideas sobre el destino o habitabilidad de este cuerpo del castillo, dado que esa decoración es de indudable origen musulmán.

En tanto que los frentes o costados del Norte, Oeste y Sur permanecen, según reconoce Terrasse, intactos en su trazado original del siglo X, salvo los desiguales y desproporcionados taludes, adicionados mucho más tarde, que restan esbeltez a algunas torres y cuyo destino en semejante posición no se comprende, el lado del Este aparece totalmente alterado, por faltarle la línea sucesiva de torres que debía igualmente poseer. En dicho frente debía también abrirse necesariamente la puerta más importante y frecuentada del Castillo, para su comunicación con el recinto de la ciudad, que, según veremos después, se prolongaba en principio por allí, cubriendo toda la altura de la llamada *Almedina*, origen de la primitiva población. Esa



Frente meridional o del mar.

puerta, como la existente en el lado opuesto del Oeste, que es hoy la principal entrada de la fortaleza, tenía que estar asimismo cubierta o flanqueada por dos torres contiguas, que habían de ser como las demás.

En el plano del arquitecto don Félix Hernández, publicado en la admirable obra de Terrasse sobre el Arte hispano-morisco, la obra califal aparece señalada en el NE. con el arranque de una torre angular, ya desaparecida, pero que posiblemente existió, y luego más bajo y sobre dicho frente oriental, se dibujan dos torres homogéneas, que tampoco existen, al menos como allí se presentan, y una puerta que no es precisamente la actual y que no sabemos de dónde tan eminente y experimentado arquitecto y arqueólogo la ha podido sacar, porque ese espacio o lienzo en que la coloca, está hoy cubierto por las obras modernas hechas para dar salida a los pabellones y dependencias de la guarnición, a las que precisamente se accede por las escaleras lanzadas desde los pisos superiores.

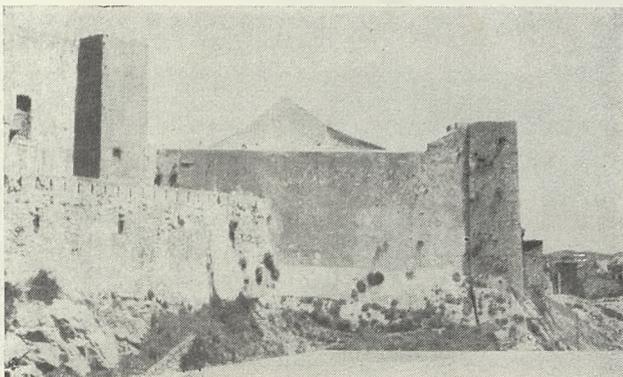
Salvo ciertas excepciones, determinadas por la topografía del terreno, casi todas las fortalezas, unidas, como la de Tarifa, a los recintos urbanos exigían dos puertas, la una para las comunicaciones internas con la plaza o ciudad, que era, repetimos, la más frecuentada e importante, y otra puerta para las salidas o escapes al campo exterior. Ambas eran muy necesarias, incluso militarmente, ya que la primera permitía atender a la defensa de los recintos de la población, en caso de sitio o asedio y para la retirada dentro del castillo, si aquella era asaltada. Pero en este caso de asalto o rendición de la plaza y hasta en el de una posible rebelión de los habitantes, cosa tan frecuente durante todo el dominio musulmán, se necesitaba disponer, aparte de alguna pequeña poterna, de otra comunicación

directa con el campo exterior, bien para los movimientos de escape o envolventes contra los sitiadores o rebeldes o para la introducción de los socorros, como se hará en las ciudadelas abaluartadas a partir del siglo XVI.

La puerta o entrada del referido lado Este existe actualmente, pero su presente y estrecha composición no parece abonar que sea la puerta original, ya que, además, está desprovista de toda defensa propia. No obstante, se halla bien colocada y encuadrada entre dos torres algo distantes, cuya estructura es sumamente extraña y ha sido hasta ahora apenas advertida, si bien corresponden a las del plano de don Félix Hernández, que pudo sospechar bajo ellas otras torres de la primitiva construcción. La primera es una torre muy largá—la más larga del castillo—, aunque de escaso relieve o saliente, que hoy ofrece en sus caras un complicado aparejo, hecho con toscos y muy diversos materiales, como si en tiempos hubiera sido fuertemente atacada y parcialmente arruinada, y luego, malamente reparada. Es una torre incierta, que pudiera venir de origen para acumular fuerzas y defensas, a fin de cubrir la entrada.

La otra torre contigua es, sin duda alguna, una torre de Homenaje, con cuyas proporciones conviene. Mas como en las construcciones califales este género de torres mayores no existieron, ha de verse en ella una adición posterior, debida seguramente al período de los Reinos árabes andaluces, en el que, como Terrasse asimismo asegura, las fortalezas musulmanas tomaron ciertas influencias de las cristianas, entre ellas la adopción de los grandes y poderosos *Machos* u Homenajes, colocados generalmente sobre los puntos más débiles o vulnerables del recinto, como sucedía en éste de Tarifa, junto a los cuales solían abrirse las puertas o ingresos principales.

Característica rara de esta gruesa torre, hoy arrasada o rebajada intencionadamente para mantener el mismo nivel o línea magistral de los adarves, pero que en tiempos se alzaría por encima de toda la fortaleza y dominaría completamente a la ciudad, es, desde luego, la de ser maciza como las otras—signo plenamente musulmán—, pero, sobre todo, el ofrecer en su costado derecho, muy cerca ya del lienzo o muro del fondo, una línea de sillares, a modo de arista, que se eleva hasta su presente plataforma, en la que justamente se dibuja como una separación entre la torre y el castillo, lo que de momento hace pensar si este Homenaje posteriormente añadido fue también una torre albarrana, como las de Alcalá de Guadaíra, Almodóvar del Río y otras. Mas como en el costado o paramento opuesto al muro se halla totalmente liso, sin ninguna muestra de separación, creemos será mucho mejor estimar que la presente, aunque rebajada torre del Homenaje, fue construída sobre una de las primitivas torres califales, a la que absorbió y encerró dentro de su masa.

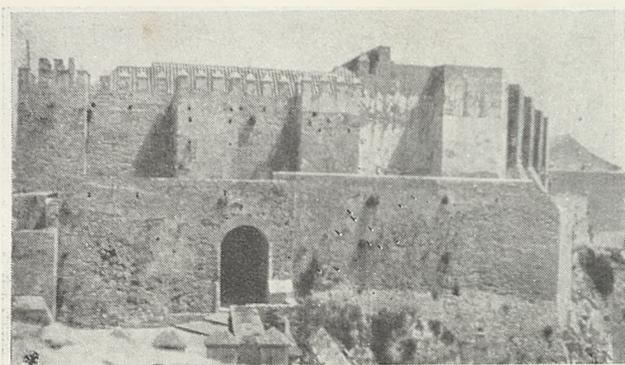


Arranque del primitivo recinto de la Almedina (al fondo, la iglesia de «Santa María del Castillo», antigua mezquita).

Esto podría dar satisfacción a las referidas torres del plano de la obra del sabio e insigne arqueólogo y profesor que es Mr. Henri Terrasse, a quien tanto respeto y reconocimiento debemos por sus grandes enseñanzas sobre nuestros monumentos musulmanes.

En este mismo lado del Este falta igualmente el cierre de la barrera o recinto exterior del castillo, intacto por los demás. Dicha barrera se unía al cerco de la primitiva ciudad, entonces muy estrecha, pequeña y reducida, porque comprendía solamente a la actual parte alta de la Almedina, limitada por el mar, el lienzo extendido entre las grandes torre de *los Maderos*, según la denomina Belmas y de Jesús, y por otro largo muro que revuelve al Norte, solamente en parte utilizado cuando se amplió y erigió el actual cerco murado de la población, dejando sumido al resto, donde se abrían las antiguas puertas de la Aljaranda y la Almedina, oculto entre las casas, entre otras, el patio de la cárcel, donde aún subsiste una torre maciza de tierra y mampuesto, conservada en casi toda su altura. Estos restos, hoy invisibles y ya muy destrozados, señalan el origen de la primitiva Tarifa, que más tarde logró extender sus murallas en el perímetro o circuito que hoy tienen.

Cabe pensar si la barrera, cortada hoy por el Norte a la altura del frente oriental del castillo, pudo comprender por ese mismo lado al referido recinto superior de la Almedina, formando un prolongado albacar de la fortaleza, para resguardo de los habitantes durante los asedios o ataques. Mas por algunos caracteres que se ven, parece mejor inclinarse a creer que la citada Almedina constituyó el núcleo inicial de la ciudad y pues que dicha parte fue y es el frente más llano, accesible y



Frente occidental, con la puerta de la barrera.

vulnerable del castillo, la barrera se halla ahora incompleta, faltándole el muro de cierre ante la población, dentro del cual se albergaría la iglesia de Santa María, antigua mezquita, de la que conserva unas interesantes columnas romanas o visigodas, con otras dependencias externas para la guarnición y servidumbre.

La actual puerta o acceso principal de la fortaleza, sobre la que se alza la lápida de fundación, se abre en el costado occidental que mira a la isla y por su paso recto, aunque profundo, encuadrado por torres, responde a la primitiva construcción califal. Dicha puerta está precedida por otra de la barrera, que por su trazado en recodo, pudiera ser algo posterior, si aceptamos la afirmación del otro Maestro de la arqueología musulmana Sr. Torres Albás, de que las puertas de esta clase pueden ser de la época almorávide. Pero por la estrecha coordinación de ambos ingresos, que hasta muy recientemente formaron la llamada Puerta del Mar del Castillo, se forma un conjunto o sistema defensivo, en el que reside la parte más valiosa y admirable de esta fortaleza, que puede colocarse a la par de los más notables ejemplos de ingresos fortificados, como los de Niebla, Málaga, Almería y la Alhambra de Granada. Es un trazado lleno de dificultades, muchas de ellas todavía visibles, a base de unos pasos acodados, portones y revueltas, que con las puertas de la coracha y del camino cubierto, que aumentan su número, componen nada menos que ocho obstáculos o cierres, ingeniosamente dispuestos y batidos, que había que vencer para llegar al patio interior del edificio.

En los tiempos califales, el castillo debió quedar limitado a los muros de la barrera que, contra la opinión del referido y sabio Terrasse, que niega la existencia de estos antemurales en

las fortificaciones musulmanas, no obstante los ejemplos de las obras del mismo Abderramán III en Ceuta, Tortosa y hasta en el doble muro de Medina Zahara y de haber sido recomendado por Philon de Bizancio y adaptado como elemento indispensable en los recintos bizantinos, era aquí absolutamente necesaria, tanto por su papel de contención del cuerpo superior, como por el escalonamiento ya citado de las defensas altas y bajas, en juego con los adarves superiores, donde, como es sabido, se concentraba la fuerza activa de las fortalezas musulmanas, razón de la gran acumulación de las torres y de su completo macizado. Mas la primitiva fortaleza, reconcentrada en sus solos recintos, no debió extenderse más allá de los mismos, dejando libre y abierto el terreno que ante ella se prolongaba hasta las avenidas de la isla, frente a la que solamente se alzaba por entonces el pequeño cerro, posiblemente también fortificado, de Santa Catalina, situado al borde del mar, cuya presencia no debe nunca olvidarse en cuanto concierne a los diversos sistemas defensivos de Tarifa.

La isla constituía, a la vez, la razón de la existencia de la fortaleza y hasta de la misma ciudad y, según lo demostraron las posteriores circunstancias, un verdadero peligro para la seguridad de las mismas, ya que aunque estuviera seriamente defendida, era difícil evitar su dominio y posesión por las fuerzas desembarcadas sobre las playas cercanas. En tanto que duró el dominio califal, el castillo de Tarifa pudo permanecer encerrado en sus altos e inexpugnables recintos, que, como se sabe, pasaron luego a las manos almorávides y almohades, según está históricamente demostrado. Pero en los últimos periodos del siglo XII y a lo largo del XIII, cuando los reinos andaluces se hallan envueltos en esas continuas luchas y revueltas, bien con los almohades o con los Reyes merinidas de Marruecos, que aspiran siempre a poseer una cabeza de puente o de desembarco en España y, también, por los avances de la reconquista cristiana que desde las Navas, en 1212, irremediamente ya les amenaza, los Reyes sevillanos o granadinos, de quienes sucesivamente dependió, entendieron en la necesidad de reforzar al castillo por aquella parte vulnerable y peligrosa de la isla y de las playas, y entonces debieron levantarse la larga coracha y el gran torreón, hoy llamado de Guzmán el Bueno, que es simplemente una recia y auténtica torre albarrana, ligada o unida a la fortaleza para prolongar sus perspectivas sobre tan frágil y arriesgado frente, al mismo tiempo que obstruía y dificultaba, según el tiempo lo demostró, las posibilidades de asedio.

Ese conjunto de la coracha y de la torre albarrana, cuya traza octogonal parece corresponder al siglo XII, en que, al decir de Terrasse, las torres de planta poligonal se extendieron en los dominios musulmanes, y así se ven en los recintos al-



Torreón de Guzmán el Bueno y entrada actual a la fortaleza.

mohades de Córdoba, Ecija, Sevilla, Cáceres y Badajoz, es igualmente otro de los mejores ejemplos de ese sistema defensivo, privativamente español, pues que, según conviene el mismo y mencionado autor, fue una de las felices invenciones de la arquitectura militar española, única que las posee. Sistema de donde más tarde saldrán los famosos hornabeques del siglo XVII, que responderán a los mismos fines y que serán una de las escasas aportaciones que los tratadistas de la fortificación abaluartada, harto apasionados y libres porque nadie les rebatió, concedan a los españoles.

La coracha subsiste en toda su integridad, aunque haya sido bastante reparada. Era y es un alto y largo muro que, destacándose del castillo, corria a unirse con el poderoso torreón, alzado sobre unas rocas perfectamente *peinadas*. El torreón, macizo, como de costumbre, en toda su masa o dimensión, vigilaba desde allí las temibles avenidas y, colocado por su costado izquierdo sobre el mar, impedía la contravalación de la fortaleza, al mismo tiempo que flanqueaba al recinto de la población en su parte igualmente más débil y peligrosa.

Este sistema de coracha y torreón se une en importancia al mencionado juego de la entrada occidental y de ahí que todo ese frente alcance un valor insuperable en la historia de la fortificación, pocas veces superado. Si a ello se añade el otro juego o combinación de obstáculos, necesarios de forzar para llegar a la plataforma de esa torre, a base también de codos y revueltas, subidas y bajadas de escaleras y traspaso de sucesivos portones, se verá hasta dónde llegaba el ingenio de aquellos alarifes andaluces, muy aficionados, como todos los maestros de obras militares de la Edad Media, a inventar y acumular tales series de continuas dificultades. Las obras modernas, al reparar cuidadosamente esos lugares, han quitado su primitivo sabor a mu-



Don Alonso de Guzmán, arroja su daga al Infante don Juan.

Cuadro de M. Cubello.

chos de sus elementos. Pero éstos subsisten en casi su total integridad, sin que sea posible negarlos.

Aunque reparados después, la coracha y torreón son obras auténticamente musulmanas de los siglos XII o XIII, anteriores a la reconquista cristiana. Mas para nosotros tienen además otro insuperable valor, porque en ellos tuvo lugar el trágico y sublime heroísmo de don Alonso Pérez de Guzmán, cuando en el sitio por los musulmanes de 1294, dos años después de la reconquista de Tarifa, efectuada el 21 de septiembre de 1292 por el Rey Sancho IV, no vaciló en sacrificar a su hijo prigoménito don Pedro Alfonso, niño de diez años, por él confiadamente entregado al vil Infante don Juan, hermano del monarca castellano, para que fuera conducido a su deudo el Rey don Dionis de Portugal. El Infante, aliado a los árabes de Marruecos, intimó, como se sabe, a don Alonso para la entrega de Tarifa, a cambio de la vida de su hijo, que, ante la negativa del claro y enérgico defensor, fue allí mismo torpemente inmolado.

Que el hecho se consumó desde el mismo torreón, nos lo enseña la disposición de los lugares. Pero sobre ella se añaden las afirmaciones, si no de las Crónicas Reales, muy parcas en sus comentarios y detalles, las explicaciones de los viejos y puntuales cronistas de los Duques de Medina Sidonia, Pedro de Medina y Pedro Barrantes Maldonado, que además de conocer per-

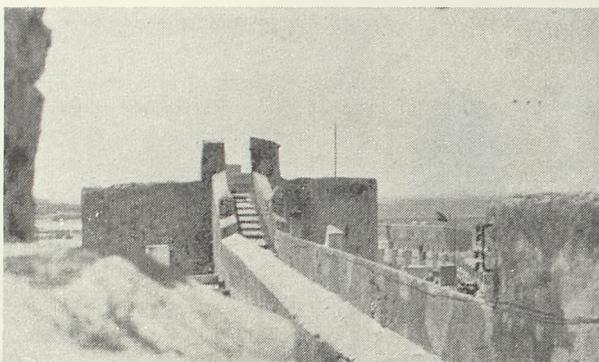
sonalmente el terreno, sabían las tradiciones y antecedentes de la Casa ducal y de Tarifa.

Como siempre debió ocurrir y según sucedería en el posterior asedio de 1340, que dió lugar a la batalla del Salado, del que la Crónica del Rey Alfonso XI nos proporciona expresivos pormenores, los moros y el Infante desembarcaron en la isla y *en los arenales*, de donde iniciaron los ataques contra el torreón, que por eso mismo habría de llamarse después *la Torre de Don Juan*, por haber plantado éste sus tiendas cerca de él. Hasta se dice que el Infante trató de levantar otra torre para combatirlo, en un cerro cercano, que pudiera ser el de Santa Catalina, cuya actuación tuvo que ser constante en toda la vida histórica de Tarifa y en donde en 1340 los moros armaron cuatro ingenios contra el mismo torreón, que por su destacada posición y robustez, será el exponente mayor de los recintos de la plaza.

Como el torreón se resistiera, se vieron obligados a recurrir al aleroso medio de la intimación a don Alonso de Guzmán, medio que para el vil Infante no era nuevo, porque dos años antes el mismo procedimiento le había valido la posesión del Alcázar de Zamora donde en ausencia de su esposo, el Alcaide Gutiérrez Pérez, su angustiada mujer había entregado la fortaleza, a cambio de la vida de su hijo, niño también de poca edad. Fue entonces cuando, según las verídicas puntualizaciones de Barrantes Maldonado, don Alonso «*salió del castillo a la torre del Cubo, por el adarve que se hace ante la puerta y, luego de tirar el puñal, se fue a meter (de nuevo) en el castillo, que estará a unos 50 pasos de la torre*».

Pudiera creerse que por el conocimiento directo del terreno, los cronistas, pues que Pedro de Medina da parecidas precisiones y ambos escribían hacia los mediados del siglo XVI, habían compuesto o imaginado por sí propios los hechos. Pero, aparte de que la torre y coracha existían desde antes de la reconquista de la plaza, efectuada solamente dos años antes y de los sucesos ocurridos en el referido asedio de 1340, que confirman plenamente el modo invariable de los ataques al castillo, los fondos tradicionales del pueblo, que aunque, a veces, algo desvirtuados, conservan siempre un positivo valor histórico, coincidían perfectamente con lo descrito por Medina y Barrantes Maldonado.

Si a su señalado mérito arquitectónico unimos la significación de tan heroico rasgo, se verá lo que para todos los españoles suponen esa torre y ese muro, y nadie extrañará la sentida emoción con que al cruzarlos y ascender a sus adarves, nuestra espíritu enternecido saludaba y se descubría ante tan altos y gloriosos recuerdos. Don Alonso de Guzmán, según lo demostró su vida entera y hasta su noble y temprana caída, en las Peñas de Gaucín fue fuente de lealtad, y si bien no hacía otra cosa que cumplir con sus deberes de Alcaide, tal como expresamente



Camino de ronda de la coracha, por donde don Alonso de Guzmán pasó para subir al Torreón.

los consigna la 2.^a Partida, su trágico y honroso sacrificio iba a constituir desde allí un luminoso ejemplo que después será repetido en el mismo Zamora y en Perpiñán, cuando éste era español, y en nuestros propios días, en el Alcázar de Toledo.

Más tarde, en el siglo XIV, posiblemente luego del riguroso sitio de 1340, a que ya nos hemos referido, sintióse la necesidad de doblar la antigua coracha con otro muro convergente en el torreón, a fin de formar un camino cubierto que por la parte del mar reforzara esas defensas, protegiera los primitivos accesos del castillo y pudiera acaso dar una mayor holgura y amplitud a la capacidad logística del mismo. A esa época corresponde esa otra puerta ojival, llamada luego del Mar, sobre el que directamente vertía, que con su bella traza adovelada en zig-zag, encuadrada por un sencillo alfiz, es otro de los restos artísticos de la fortaleza. Esta puerta gótica y las airoas naves de la iglesia de Santa María, antigua mezquita, hoy convertida en parque y almacén y por ello apenas conocida, poseedora de unas gruesas y vetustas columnas, seguramente romanas, o al menos visigodas, restos únicos que Tarifa guarda de los tiempos inciertos, mas seguros, de su lejano pasado, son las más perfectas manifestaciones del arte cristiano en la ciudad y han de conservarse con la mayor atención por los positivos valores que suponen.

Los permanentes destinos militares del castillo, los avances del arte castramental y algunas otras circunstancias debieron obligar más tarde a abrir junto al torreón la otra gran puerta levemente apuntada, que ahora forma su entrada oficial. Se ignora el tiempo en que se abrió, posiblemente dentro ya de la Edad Moderna, y no se sabe si constituía una salida al campo

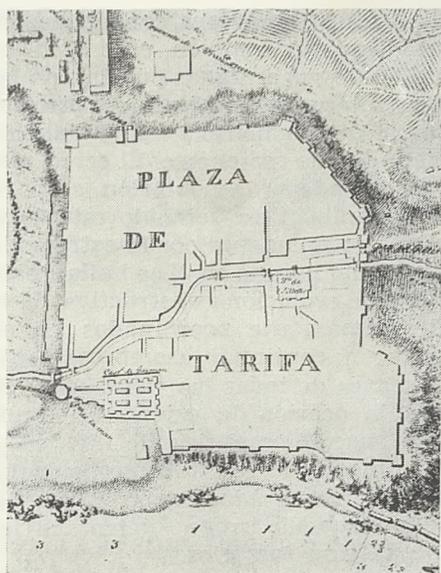


Puerta gótica del Mar (siglo XIV) en el camino cubierto de la coracha.

exterior o si convergía sobre el recinto de la ciudad, que iba a caer sobre el mismo torreón, cerca del cual desembocaba, a través de una torre cortada por rastrillos, el río o arroyo de *Río Papel*, que, como vemos en el plano del Estado Mayor francés del sitio de 1811, cruzaba por medio de la ciudad, luego de haber sido servido seguramente de foso al primitivo recinto de la Almedina y al Castillo, de donde debió ser después desviado. Madoz nos da curiosos pormenores sobre este río o arroyo, ya cegado o cubierto, que en tiempos debió ser un importante elemento defensivo del conjunto fortificado.

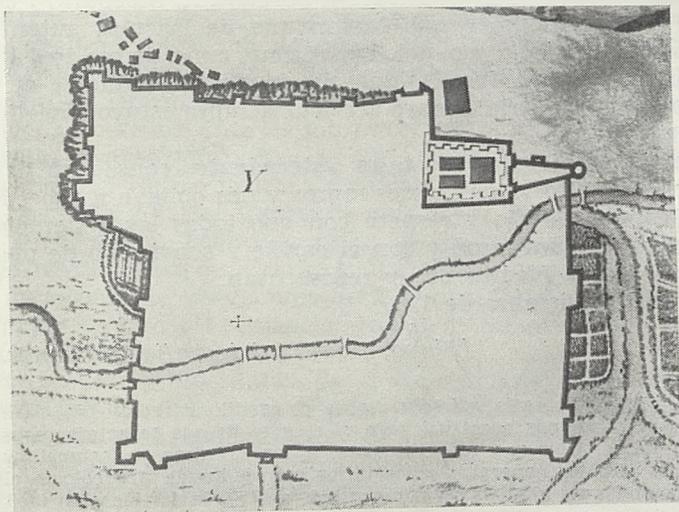
A partir del siglo XVI, la fortificación medieval se halló irremisiblemente condenada. El nuevo arte abaluartado obligó a las fortalezas a transformarse o sucumbir, principalmente a las situadas en costas y fronteras, sobre las que en lo sucesivo radicará, de modo general, la sola defensa oficialmente admisible, que es la defensa nacional. Y aunque por la merced de sus admirables emplazamientos, algunos castillos se salvaron—Gibraltar, Cartagena, Alicante, Cardona, San Sebastián, Monterrey, etcétera—, o que por las escaseces y desorganización administrativa y económica, que fue el mal endémico de la dinastía de los Austrias, muchos otros, como este mismo de Tarifa, se libraron de su intentada reforma o de su arrasamiento y destrucción, será otro milagro que este castillo califa! quedara intacto, luego de tantos proyectos trazados para la fortificación de la isla y de la plaza que, no perdiendo nunca su gran valor estratégico, había forzosamente que robustecer y conservar.

Dichos proyectos no pudieron tampoco alterar la primitiva composición del recinto medieval de la ciudad, apenas levemen-



Plano geométrico de la plaza e isla de Tarifa, levantado por el teniente de navío de la Real Armada don Vicente Sánchez Cerquero. Año 1825.

(Museo Naval. Carp. LII. n.º 17.)



Plano de Tarifa y su isla, unida al continente por medio de la obra que ha executado y concluido, en el año 1808, el Ingeniero honorario y Cónsul General de S. M. en Marruecos, D. Antonio González Salmón.
(Museo Naval. Carp. LII, n.º 18.)

te transformado en algunas de sus torres mayores, convertidas en baterías, lo que nos ha permitido poseer también, pese a su lamentable abandono y a la pérdida de sus antiguas puertas, de las que no nos queda más que la muy interesante de Jerez, ese otro valioso sistema defensivo que fue el complemento y apoyo natural, sin el cual el castillo no hubiera podido sostenerse. El cerco medieval de Tarifa, desdoblado al extenderse la población, sobre el antiguo de la Almedina, merece también un detenido estudio y, desde luego una mayor atención, no solamente por la extremada rareza de estos recintos urbanos, sino porque en él se hallan bastantes antecedentes que aclaran la evolución constructiva de la fortaleza. Ambos elementos, íntimamente coordinados en su origen y en sus destinos, lograron continuar asombrosamente en su originaria integridad, a través de todas las vicisitudes, sin dejar, por otra parte, cuando la ocasión lo exigía, de seguir cumpliendo sus funciones, como sucedió en el sitio de 1811, en el que, como enseña Belmas, por medio de los informes oficiales franceses, con las piezas artilleras emplazadas en las torres del castillo y del recinto, se impuso aquella insigne derrota a las huestes napoleónicas, que no pudieron forzarlos.

Todo ello afirma, por tanto, el hondo y fervoroso respeto que debemos a esas nobles piedras. Solar permanente y glorioso de la historia nacional desde su más remota iniciación. Obra maestra y casi intacta de la fortificación del siglo X. Escenario y actores de hechos sublimes, que fueron una de las más auténticas fuentes del heroísmo español. Por último, cuna de esa leal y abnegada ciudad que fue y sigue siendo Tarifa, baluarte el más avanzado de la Patria, a cuyo servicio siempre estuvo sometida y dispuesta.

Semejante ejecutoria y tales antecedentes consagran definitivamente el alto valor de esos muros y nos obligan a saber conservarlos con el celo y respeto con que todas las generaciones anteriores los guardaron y con el cariño y convicción de cuanto esas milenarias Piedras son y representan.

Madrid, noviembre de 1960.

(Plano, dibujo y fotografías del autor.)

NOTA.—La bibliografía «directa» sobre el castillo y recinto de Tarifa es muy escasa y además poco útil para el estudio de sus caracteres constructivos militares. Hay que recurrir, pues, a las Crónicas y documentos históricos de carácter general y a los libros y tratados de Arqueología clásica y musulmana, más algunas otras obras referentes a la fortificación medieval.

LOS CASTILLOS SEGOVIANOS

Castilnovo

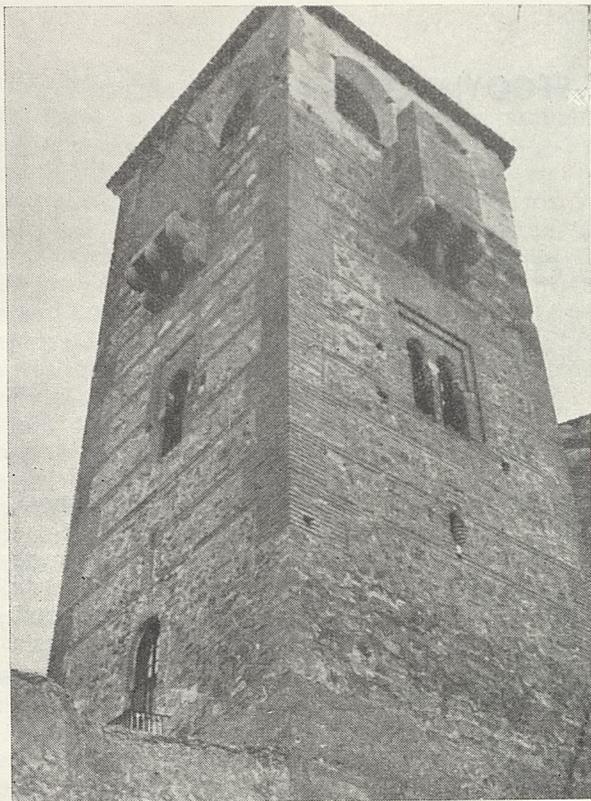
POR SATURNINO G. LOPEZ TAPLADA

Todos los castillos segovianos tienen su juglar, un infantuelo, siempre alegre y bullidor, son sus riachuelos, que bajan de la Carpeto-Vetónica presurosos, riscos abajo, para sosegarse luego en gentil reverencia ante sus muros y pulsar las cuerdas de su linfa, su cristalina vihuela y entonar el dulce romance de añejas cadencias, entreveradas de pastoril acento y noble prestancia histórica y legendaria...

Este riachuelo, nombrado serrano, honrando su cuna, es en su agreste cauce llamado Prádena, y luego, Murera, en el llano, y Marijaye, en «La Pedriza», do vierte su menguado caudal amoroso al profundo regazo del Duratón, en la comarca sepulvedana.

Y es en su curso medio cuando describe una graciosa curva entre predios labrantíos y concertando sus sonos armoniosos con los chopos ribereños, ante los muros se desliza mansamente, cabe el castillo de Castilnovo, que se eleva arrogante sobre el alcor, atalayando un espeso monte de verdequeantes enebros, encinares y carrascas y vastas tierras de pan llevar, sobre el arcón violáceo de la sierra—celoso guardián de los ocasos—, confiriendo a la fortaleza, entre el bosque, la inefable seducción de una viñeta arrancada de los cuentos de Perrault, Grimm o Andersen, habitáculo de hadas hechiceras, gigantes trotamundos o geniecillos traviesos...

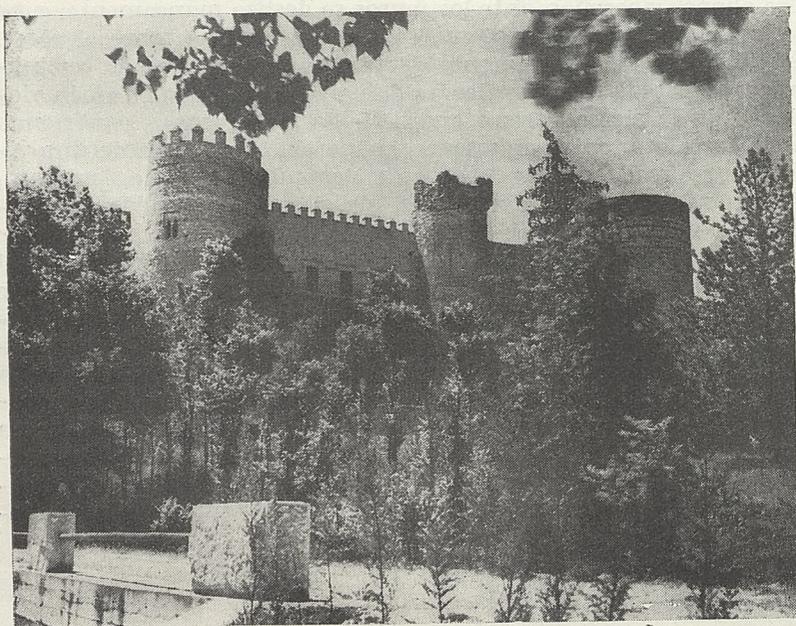
Este castillo de Castilnovo es, al decir de anejas versiones, el más antiguo de toda la provincia: sus sillares carcomidos de centurias, la ruda configuración de algunos elementos proclaman su notoria vetustez, a la par que su evidente origen morisco en la factura arquitectónica de sus elementos: el ladrillo y la mampostería y esas graciosas hiladas de ladrillo que ciñen airoosamente algunos torreones cilíndricos de los seis perdurables en que campea dicho estilo, confiriendo austeridad, gracia y armónica prestancia, amén de algunas arcadas ajimezadas gentilmente abiertas en el espeso muro del recinto, de planta cuadrangu-



Torre
del homenaje
de Castilnovo
(Segovia)

Foto
López Castro.

Castillo
de
Castilnovo



lar, descollando altanero y arrogante sobre un alcor lindante al citado riachuelo, y un molino traspuesto un puentecillo, rincón poético y delicioso en grado sumo.

Pero adentrémonos ya por los vericuetos de la Historia. Esta nos cuenta que allá por los dramáticos años de la alta Edad Media y en el siglo VIII, un reyezuelo nombrado Abderramán I, que vivía en la entonces colosal fortaleza sepulvedana, personaje el tal rey agareno, que dada la época preñada de dramáticas, sobrehumanas luchas debió ser un ave rapaz de vuelo amplio y fulminante acometida, que no sólo resistió cercos, invasiones y ataques cruentos, sino que aun su curvo alfanje, simbólico pico aguilino y garra conquistadora, estremeció el llano..., y así surgió este castillo, seductor acento de nostalgia oriental..., un oasis de paz para las treguas bélicas y espiritual remanso para las almas brindaban sus muros, y a ellos se acogieron los Infantes don Fernando y doña Leonor, y si la Infanta devanara sus sueños entre rucas de crepúsculos, el Príncipe hallaría campo propicio a sus ansias venatorias en el monte y la sierra, pródigos para tensar el arco en blancos certeros en las especies volátiles y montaraces, hasta ocupar años atrás el trono de la corona aragonesa.

Supieron sus estancias de la amorosidad y devoción que las prodigara el Condestable de Castilla, don Alvaro de Luna, y, como fruto, las restauraciones y embellecimiento del castillo, siendo luminar esplendente durante su privanza rectora en la corte de Don Juan II. y luego mortecina luciérnaga en la noche oscura y dramática degradación política sufrida entre los muros de la próxima fortaleza sepulvedana, volviendo la llaga viva del dolor nuevamente a abrirse aquí, en Castilnovo, con la presencia del malaventurado don Enrique, hermano del Almirante de Castilla, a raíz de la cruenta batalla de Olmedo, el 19 de mayo de 1445.

Y, andando el tiempo, cuando a los Reyes Católicos sus sabios e infatigables menesteres de buen gobierno les llevaran de Burgos a Segovia, ante ellos surgió una vez más, entre cierzo acerao y abrasadores rayos estivales, este castillo prócer, ameno y pintoresco, como una llamada dulce y tentadora de este oasis placentero do recobrar energías espirituales y físicas, harto quebrantadas por tan sublimadas empresas, hasta el punto de adquirirle los reales esposos, honrándole con su presencia frecuente hasta cederle, como rica presea soberana, a una sobrina predilecta, instaurándose el ya lueño mayorazgo del Condado de Castilnovo y sus anejos Villafranca y Valdesaz.

Las centurias no desfilaron reverentes ante sus venerables piedras, pues la ruina y desolación abatió lienzos, desmochó torreones y almenas, socavó sillares, desplomó estancias, sembrando de escombros el castillo, que, a bien seguro, desapareciera su fábrica total, si un venturoso día del pasado siglo no fuera ad-

quirido a los Hoenzollern por don José Galofre, secretario de Isabel II, quien superándose en su esfuerzo tesoneramente, acometió su restauración y acondicionamiento interior, proseguido por su descendiente el culto y distinguido diplomático, ya fallecido, don Alejandro de Escudero y Galofre, que, secundado por la eficiente colaboración de su exquisita esposa, doña Catalina, aportaron su fina sensibilidad artística en la empresa común restauradora, prestigiando el regio acento isabelino en la decoración y exorno de las estancias, que, al correr de los años, ibanse poblando de un mundo maravilloso y exótico, a la par que la fantasía cobraba vida exaltada en los biombos, las porcelanas, cristalerías, abanicos..., que don Alejandro traía amorosamente desde el lejano Oriente, o bien desde el Ecuador, amuletos, armas, vasijas y curiosidades múltiples de los aborígenes, durante sus misiones diplomáticas y viajes al extranjero...

Los hados del destino siguen prodigando sus dones, pues su actual propietario, el Marqués de Quintanar, Conde de Santibáñez del Río, su hijo político, distinguido miembro de nuestra Asociación, persevera con laudable e inteligente acierto en su amorosa conservación, honrosa y ejemplar cruzada patriótica, que devuelva a la fortaleza su primitiva fisonomía e integral empaque, palaciego y castrense, a este brillante eslabón de la cadena de castillos perdurables a lo largo y ancho de la vieja patria.

Galerías

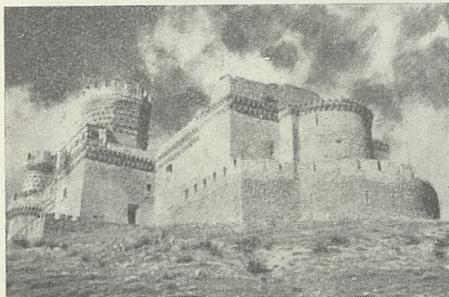
Preciados

Madrid

Por tierras de la provincia de Madrid

LA proyectada excursión a los castillos de El Real de Manzanares, al monasterio del Paular, a Torrelaguna y a Talamanca, constituyó un éxito más para la Sección de Excursiones de nuestra Asociación, organizadora de estas andanzas e itinerarios.

Y hemos dicho a los castillos de *El Real de Manzanares* porque, efectivamente, son dos las fortalezas existentes en dicho lugar; una, la primitiva, la auténtica, a que hacen referencia las crónicas, emplazada sobre un montículo, cuyos cimientos lame el arroyuelo que afluye al cauce por donde discurren las aguas de la Pedriza, próximas a desembocar en el gran embalse de Santillana; y otra, la conocida en la actualidad con el nombre de *Castillo de Manzanares el Real*, de que nos ocuparemos después.



Castillo
de
El Real de Manzanares

Antes de alcanzar el valle de El Real se desorientó el conductor del autocar y este feliz despiste permitió que los expedicionarios pudieran contemplar y fotografiar los imponentes muros de contención que integran la presa, la colosal e ingente torre empotrada en el centro de los mismos y su artística puerta, surmontada por el blasón de los Mendoza, y que permite el acceso a los andenes de la recia muralla, desde donde, acariaciados por la brisa, se admira el bello panorama de la sierra circundante y el inquieto y suave oleaje de las aguas del embalse. Fue un grato e inesperado episodio fuera de serie.

Del viejo y primitivo castillo de Manzanares no aflora ya sobre su solar más que una especie de plaza de armas, un casi cuadrado recinto formado por consistentes y rebajados muros en sus cuatro y respectivos lados, los troncos macizos de tres de

sus torres en otras tantas esquinas y resto de un hueco, cuadrado y más fuerte y amplio baluarte, aspillerado, que ocupa el cuarto ángulo del reducto, desde donde, cuando se mantenía íntegro, dominaba gran parte del valle y lucía la grandiosidad de su fábrica.

Frente por frente, y al otro lado del riachuelo de la Pedriza, anclado asimismo sobre otro montículo un poco más prominente, se alza, majestuoso, el más lindo castillo de la provincia de Madrid.

Tuvimos suerte el día de nuestra visita, porque la placidez del ambiente y el arabesco de nubes brillantes, acumuladas en ocasiones, dispersas y fugaces en otra, contribuía a que la estampa del histórico monumento, coronado de curiosos celajes, cuya transparencia aumentaba los destellos del sol, se nos ofreciera como algo excepcional, como el más bello motivo que nos animaba y decidía a disparar nuestras cámaras una y cien veces más.



Monasterio
de
El Paular

Entre tanto, nuestro directivo, a quien tanto se quiere y admira, don Federico Bordejé, nos explicó, con erudición y lujo de detalles, según su peculiar característica, la historia y demás vicisitudes surgidas en torno al Real de Manzanares, narrando curiosos episodios relativos al primero de dichos castillos, cuya existencia y emplazamiento han permanecido olvidados al correr de las centurias, hasta que él, con su fino olfato, descubrió la verdad de los hechos y descifró el enigma en una de sus publicaciones, que originó el consiguiente revuelo entre versados y paladines de estas lides.

Contra reloj, por lo avanzado de la hora, salimos precipitadamente para el monasterio de El Paular, donde la visita hubo de ser rápida, lamentando muy de veras no poder ver con el debido detenimiento las hermosas joyas de toda índole que guarda el histórico cenobio; pero ello no obstante, acompañados por

uno de los Padres de la comunidad residente, en extremo cortés y complaciente, se recorrió casi todo el edificio y se admiró con deleite el sin par retablo, el transparente, sacristía, patios y demás dependencias de aquella célebre y recoleta casa de oración.

Ya tarde, a las quince treinta horas aproximadamente, llegamos a Buitrago y se procedió a almorzar en un estratégico y confortable restaurante, especie de balconada que se asoma sobre el embalse y permite la contemplación de interesante y entretenido panorama.

Partimos seguidamente para Torrelaguna, patria chica de uno de nuestros más eminentes hombres de Estado, fraile aus-



Iglesia parroquial
de
Torrelaguna

(Fotos Benavides)

tero y ejemplar, enjuto de carnes, pero recio de espíritu y mente despejada, que asombró a sus contemporáneos y ocupa hoy lugar destacado en los anales de la historia patria: el cardenal don Francisco Ximénez de Cisneros.

En Torrelaguna pudimos comprobar que este viejo burgo castellano aparece todavía impregnado del recuerdo inolvidable y de las sublimes esencias del más ilustre y preclaro de sus hijos.

La suntuosa iglesia parroquial es un alarde arquitectónico; sus fuertes muros, cargados de simbólicos blasones, y su espacioso y acogedor recinto, aparecen muy bien cuidados después de su acertada y reciente restauración, y ofreciendo al visitan-

te buena parte de los tesoros que allí se guardaban desde preteritos tiempos; entre otros, las cenizas de Juan de Mena, el inspirado vate, que entregó su alma al Divino Hacedor en aquella histórica villa. A raíz de su fallecimiento se dio sepultura a su cadáver ante las gradas del altar mayor, hasta que años más tarde fueron recogidos sus restos, depositados en una caja y empotrada ésta en el muro lateral de una de las capillas. Por cierto que la lápida que recuerda al turista la existencia de aquel relicario es obra de pésimo gusto.

Queremos hacer constar nuestro agradecimiento al señor Arcipreste o Cura párroco de Torrelaguna, que extremó su amabilidad y nos acompañó diligente durante la visita, fructífera en extremo por su bien documentadas explicaciones, que evidenciaban su indiscutible preparación.

Al declinar el sol, ya casi entre dos luces, alcanzamos el último objetivo de nuestro viaje: Talamanca, la casi legendaria villa medieval, plaza fuerte y muy útil para la defensa de Madrid en los gloriosos tiempos de la reconquista y liberación de las tierras castellanas, dominadas por almorávides primero y almohades después. Ya apenas restan vestigios de su amplia cerca murada y de sus gallardas torres, algunas de las cuales mantienen todavía muñones carcomidos y resquebrajados que se empinan hacia el firmamento y resisten a sucumbir y a mezclarse con la tierra de sus cimientos.

Talamanca es hoy un auténtico burgo podrido; pero conserva un magnífico ábside románico en su iglesia parroquial y otro mudéjar en una vieja ermita o capilla convertida en depósito de maderas y trastos viejos.

Aliam quoque consimilem ejus civitatem Talamancam, cum rege suo, nomine Mozeror, et uxore sua cepit, bellatores eorum omnes interfecit reliquum vel vulgus cum uxoribus et filiis sub corona vendidit, puede leerse en el *Chronicón Sebastiani*.

EL ALCAIDE DE TREVEJO



Excursión a los castillos de Ucero y San Leonardo de Yagüe (Soria)

El domingo día 25 de septiembre próximo pasado tuvo lugar la anunciada jira de la Asociación a San Esteban de Gormaz, Ucero y San Leonardo, en la provincia de Soria.

Por la ruta de Somosierra, Riaza y Ayllón, los participantes de aquélla hicieron su llegada a la histórica villa de San Esteban, donde eran esperados ya por los directivos de la Sociedad Montañera Urbión, que cuenta también en el programa de sus itinerarios veraniegos con las visitas a los castillos de la región.

La fortaleza otro tiempo famosa del lugar, así como sus murallas, se hallan casi completamente demolidas, quedando únicamente restos de algunos lienzos de la primera, y una torre y alguna puerta tardía de las segundas. Se vieron las notables iglesias románicas de Nuestra Señora del Rivero y de San Miguel, esta última datada por su piedra fundacional y rigurosamente contemporánea del Cid Campeador, de cuyas andanzas por la villa da cuenta el famoso Poema del héroe. Son también notables las numerosas estelas y lápidas romanas que, engastadas en los muros de las casas, se conservan.

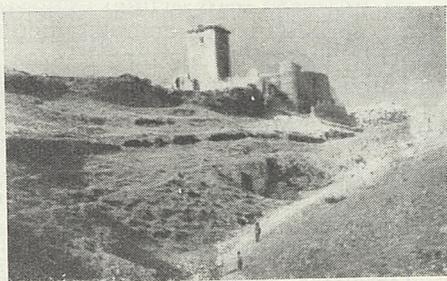
Los expedicionarios comieron sin detenerse en El Burgo de Osma y por la tarde llegaron a Ucero, pintoresco y típico pueblo dominado por su castillo, que se yergue sobre escarpado peñón.

Se conserva bastante bien la torre del homenaje, con sus bellos ajimeces del siglo XIII, esculpidas gárgolas y bóveda de nervatura, aunque expuesto todo a la ruina si, a tiempo y con un mínimo gasto, no se acude a reparar la parte baja de los esquinales, cuya sillería ha sido arrancada por los aldeanos. La muralla de primera circunvalación se halla en peor estado y muestra una ingeniosa estructura defensiva en su planta, obligando al hipotético expugnador a pasar por un foso labrado en roca, situado por debajo de la ubicación del puente levadizo antes de llegar a éste, y perfectamente batido desde la torre. Otro recinto lateral, con las ruinas de una iglesia románica, debió de completar la defensa del cerro. También se observa una galería abovedada en descenso y hundida en parte, que esta vez sí debe de dar la razón a la idea, tan difundida como fantástica, de la comunicación de los castillos con los ríos más próximos.



Castillo
de
San Esteban de Gormaz

Castillo de Ucleo



Castillo
de
San Esteban de Yegüe

(Fotos Benavides.)

El que ahora se trata fue comprado en 23 de mayo de 1302 por el obispo de Osma don Juan de Ascaron a los testamentarios de don Juan Garcia de Villamayor, quien lo dejó en sufragio de sus depredaciones en los monasterios de Silos, la Calerueya, la Vid y otros durante las guerras civiles de la época. Perteneció luego a la sede episcopal hasta su abandono, viéndose sobre la puerta de entrada un escudo eclesiástico.

Después de la visita los excursionistas remontaron por carretera la rampa de La Galiana, deteniéndose en su cumbre a contemplar el maravilloso paisaje de la hoya de Uceró al pie, con el manantial del río del mismo nombre, y el final de la Hoz del Lobos, con sus acantilados y sus grutas, llegando hasta la portalada de una de ellas. A lo lejos, por el Sur, la vista se extiende hasta Somosierra y Guadarrama, y por el Norte se divisa el pico de Urbión rodeado de un inmenso bosque pinariego.

En San Leonardo, patria del que fue laureado general Yagüe, hubo también la correspondiente visita a la fortaleza, que ahora es un bastión del siglo XVI dispuesto contra la entonces naciente artillería. Tiene la particularidad de ser la última históricamente construida, ya que su erección data de la época de Felipe II, rey que en 1563 la autorizó excepcionalmente a don Juan Manrique de Lara, hijo de don Antonio, segundo Duque de Nájera. Se trata de un prodigioso estudio de fortificación, que no deja sin batir ningún punto del contorno al que hubiera podido llegar un hipotético atacante. Contenía palacio, capilla y contaba con una decena de bocas de fuego.

Es lamentable, pese a la solidez de las ruinas, el estado de destrucción de la obra, consumada por los vecinos del pueblo.

Al atardecer, y por el mismo camino del viaje de ida, los visitantes regresaron a sus respectivos domicilios muy satisfechos de cuanto habían visto, poco conocido en general, fuera de las apacibles gentes del país.

CLEMENTE SAENZ



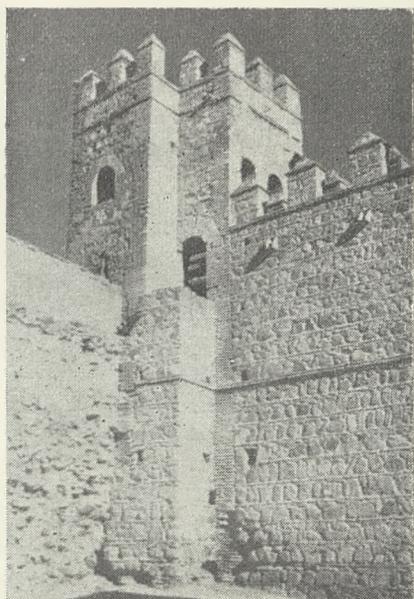
Visita a Toledo

PARA cerrar el plan de excursiones del presente año, el domingo 6 de noviembre se efectuó una visita a Toledo, que fue muy concurrida. Se trataba de recorrer muy detenidamente todos los monumentos y vestigios de la arquitectura militar subsistentes en la imperial ciudad, muchos de los cuales son habitualmente ignorados o, al menos, muy poco conocidos en sus verdaderos antecedentes. De paso, se pretendía también visitar ciertos rincones, asimismo muy poco frecuentados, donde Toledo encierra infinidad de aspectos sumamente evocadores y admirables, con otra larga serie de monumentos religiosos y otros, igualmente muy poco divulgados. Todos convienen en que la antigua capital visigoda y musulmana es verdadero museo. Pero, en la realidad, quedan todavía muchas cosas que ver y que estudiar, en todos los órdenes, a comenzar por los de su antigua fortificación.

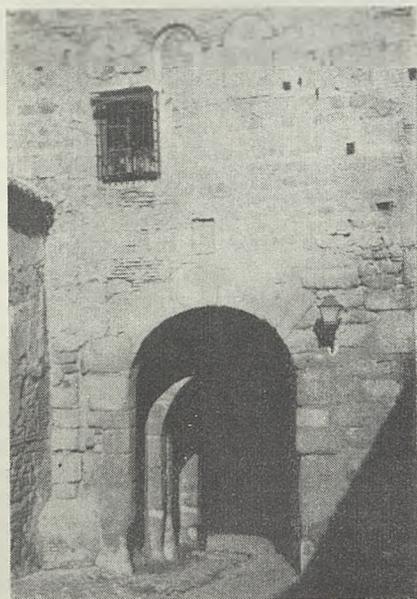
De acuerdo con sus antecedentes históricos, Toledo fue una de las ciudades más fortificadas de Europa. Podríamos decir que sigue siéndolo, pues si aparentemente no presenta ahora sino trozos de algunos de sus recintos, el sistema defensivo de la antigua capital de Carlos V permanece aún latente y puede verse y, desde luego, fácilmente reconstituirse en su trazado completo.

Dicho trazado fue eminentemente robusto y superior, producto de una continua superposición de elementos y defensas que siguieron las diversas etapas o periodos de la histórica ciudad. Y si al exterior, el sistema parece desconectado y roto, sin ninguna unidad de presencia y, mucho menos, constructiva, como sucede con los recintos de Avila, Lugo y Niebla, continúa existiendo, sin embargo, casi íntegro en la mayor parte de sus esenciales miembros. A poco que se visiten y estudien los enrevesados rincones de la difícil topografía urbana de Toledo, se verán surgir infinidad de restos que aún se mantienen presentes y permiten recomponer en su idea general los tres recintos que durante la Edad Media la cercaran, dándonos aún la sensación de que Toledo sigue siendo la ciudad fortificada por excelencia.

Otra valiosa condición de las piedras militares toledanas es la de constituir también un verdadero museo de la antigua fortificación, en la que subsisten aún representadas cada una de sus culminantes etapas. Sin remontarnos hasta las manifestaciones prehistóricas o ibéricas del Cerro del Bú o de las excavadas sepulturas del castillo de San Servando, en parte desaparecidas por su interior restauración, el período romano se muestra, no



Puerta del Cambrón



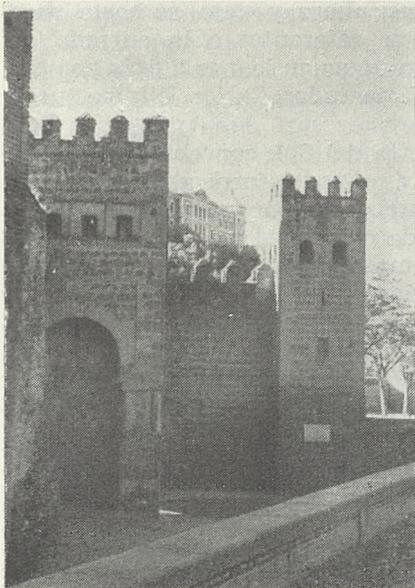
Puerta de Valmardón

solamente con la existencia del Alcázar, cabeza o ciudadela del sistema, cuyos muros descendían, según modernamente ha sido comprobado, a lo largo de la Plaza de Zocodover hasta la olvidada Puerta, por lo menos, de Alarcón, sino en el Puente de Alcántara, cuyos orígenes romanos son hoy bien manifiestos, protegido ya desde entonces por la posición del mencionado castillo, en cuya explanada aún se muestran los vestigios de su antiguo «Castro», para continuar, a partir del mismo puente, en los lienzos y torreones ascendentes, hasta más allá de la Puerta de los Doce Cantos, cuyos caracteres son fácilmente perceptibles.

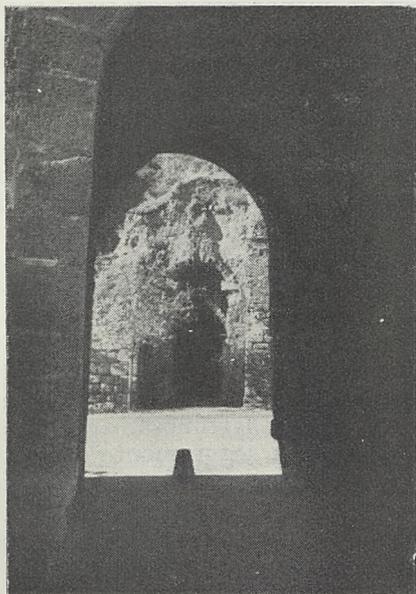
De la fortificación visigoda es difícil precisar ningún detalle concreto y bien determinado, aunque las célebres lápidas de Wamba, alzadas sobre algunas de las puertas principales, demuestran y confirman la extensión del sistema anterior, al que el buen Rey visigodo no hizo, según anunciaba, más que restaurar y acaso ampliar.

Las ruinas romanas del anfiteatro y otras de la Vega y los recuerdos de la basílica de Santa Leocadia, sede de los gloriosos Concilios, enseñan que, contra lo que comúnmente se ha creído, la primitiva ciudad latina y visigoda comprendía ya a la mayor parte del actual recinto urbano, acaso considerado por entonces como «el Arce», esto es, como la acrópolis murada de un vasto conjunto habitado, del que seguramente quedan por descubrir partes muy extensas e importantes. Esto justificaría y hasta aclararía muchos problemas existentes sobre las viejas Puertas del Cambrón, de Valmardón y de la citada de los Alarcones, cuyos orígenes realmente responden, según lo enseñan ciertos pormenores, a fechas muy anteriores a la conquista musulmana.

La arquitectura militar de esta última procedencia está aún bien manifiesta, siquiera haya sobre ella infinidad de confusiones, tan sólo debidas, como sucede siempre en las definiciones o clasificaciones de todo lo referente al arte musulmán, al solo hecho de fijarse en su diversas manifestaciones exclusivamente artísticas, sin atender a lo que podríamos llamar su técnica militar. Así han llegado a producirse esas extrañas e indefinidas variantes sobre la vieja Puerta de Visagra, a la que cada autor atribuye los orígenes que entiende convenientes; igual sucede con la otra Puerta casi contigua, llamada la Puerta Nueva o del Emperador Carlos V, que no obstante su gran aparato imperial, fue igualmente otra gran Puerta árabe, acaso más importante que la anterior y la principal de los recintos, por la que hubieron de entrar los reconquistadores del año 1085, para seguir la verdadera «Via», que podríamos llamar triunfal, de la capital antigua. Dicha Puerta, disfrazada posteriormente con las suntuosas vestiduras del siglo XVI, posee todavía suficientes elementos demostradores de su primitiva procedencia, y su sola posición, ayudada por el trazado urbanístico interior del sector



Puerta de Visagra



Puerta del Sol

comprendido entre ambas Puertas, nueva y vieja, se basta para demostrar que todas las leyendas referentes a la entrada de Alfonso VI y sus huestes tuvieron lugar en la que quizás por esa misma primacia y tradición el Emperador Carlos V hubo luego de honrar.

La colocación de la bella Puerta del Sol, concebida desde sus mismos principios como Puerta y no como torre albarrana des-tacada del recinto, sigue comprobando por su parte la existencia de esa misma vía o entrada principal, acaso antes encauzada hacia la alta Puerta de Valmardón y del Santo Cristo de la Luz, cuyos accesos eran nada fáciles. La Puerta del Sol, cierre fuerte y seguro, que reforzaba interiormente el acceso de la exterior de Visagra, vino acaso a restituir a su primitivo trazado la «Via» anterior visigoda y latina, demostrada por la otra Puerta de Alarcón, llave del cerco superior del «Arce». Así, en este solo sector de torres, puertas y murallas, se encuentran una larga serie de hechos arqueológico-militares muy aparentemente incógnitos, que unos detenidos y bien llevados estudios, serenos y sin apasionamiento, lograrían seguramente resolver.

Parte de esos mismos estudios habría de aplicarse al recinto inmediato de la Antequeruela, cuyas torres de la Reina, de la Almofala, la contigua a la presente «Puerta Nueva» y la pentagonal que la flanquea, encierran otra cantidad de problemas no tocados ni resueltos sino a través de esa cómoda sucesión de atribuciones dadas tradicionalmente a las murallas de Toledo, sin la menor comprobación. Incógnitas que a la otra parte del río alcanzan a las indudables defensas que por ese lado hubo, de las que la cinta de torreones de la Carrera de San Sebastián y, sobre todo, las Torres del Hierro y de la Casquilla, y hasta «el castillo», según le llaman, inicial del Puente de San Martín, exigen una atención que tampoco hasta aquí se les ha dado, como si las solas defensas de Toledo vertieran todas exclusivamente hacia la Vega y los Puentes.

Los recintos cristianos son hoy los más visibles y aparentes, aunque engloben partes, como la llamada Torre de la Cava, hoy aislada, y el Torreón de los Abades, en cuya singular construcción apenas nadie se ha fijado, no obstante llevar encastrada en su frente una piedra blanca labrada, de igual procedencia y relieve que otra asimismo empotrada en los muros contiguos a la califal Puerta de Alcántara, joya ésta verdaderamente preciada, a la vez que lastimosamente abandonada. Pero aquellos recintos no hicieron seguramente otra cosa que reconstruir y reforzar a los trazados ya existentes y acaso solamente pudiera considerarse como obra exclusiva e inicial de los reconquistadores cristianos, el muro torreado que partiendo de la cabeza del Puente de San Martín y pasando por la coracha, va a cortarse hoy frente a la Puerta del Cambrón, donde seguramente no debió terminar.

pues todo hace pensar que ese recinto, verdadero antemural de la ciudad por su parte más frágil y vulnerable, continuaba a lo largo de la Ronda, cuyo suelo actual, extremadamente realzado, puede ocultar aún ciertos vestigios, si es que antes de levantarla no se destruyeron. Hay muchos detalles constructivos que evidencian tanto ese realzamiento del suelo, patente alrededor de todo el recorrido de la Ronda, como la necesaria existencia de otra muralla exterior que pudo defenderla.

Por último, la fortificación de la transición representa levemente en los gruesos cubos y cañones de la Puerta de Carlos V, faltando tan sólo la del Arte abaluartado, que de haberse llevado a cabo los locos deseos del Emperador, de rodear al Alcázar con un recinto de esa clase, de lo que el buen ingeniero Luis Pizaño le disuadió, hubiera alterado por completo al centro de la ciudad, a comenzar por el actual Zocodover, acaso desaparecido.

Como se aprecia, pues, el Toledo militar, como el Toledo diríamos civil y hasta religioso, está sembrado aún de enigmas y misterios, cuyo estudio es verdaderamente apasionante. Es un Toledo absolutamente inédito, lleno de problemas históricos, que es de esperar alcancen algún día su clara solución.

• • •

Conforme al plan previamente elaborado, se dedicó enteramente la mañana a recorrer puertas, torres y murallas, comenzando por la vieja Puerta de Visagra, detenidamente apreciada en su sistema defensivo completo, que incluía a las dos torres contiguas, que no pueden separarse de ella, y a la otra torre pentagonal de la Ronda, que alguien ha considerado donosamente nada menos que como un baluarte del siglo XVII. Después se visitó la otra Puerta de Carlos V o Nueva de Visagra, que en su origen fue árabe también, ascendiendo hasta las de Valmardón y del Sol, admirablemente cuidada en su interior por una Sociedad artística toledana, a la que los excursionistas, que pudieron contemplar el bello panoraba visible desde su plataforma, prodigaron su aplauso y reconocimiento. No hay que decir que, al pasar, nos detuvimos en la antigua mezquita y capilla del Cristo de la Luz, que fue también cumplidamente estudiada.

Desde la Puerta del Sol, y luego de dar vista a la de los Alarcones, se descendió al recinto de la Antequeruela, de donde, luego de admirar la ingente Torre de la Almofala y las que rodean a la Puerta Nueva, se fue directamente al Puente de Alcántara, asimismo visitado con todo detenimiento, como la vetusta Puerta califal, descubierta no hace muchos años, cuyo abandono, por cierto, es de lamentar, dado el valor que tiene. Otra cosa que, en

nuestro pensar, debe sentirse es la incomprensible novedad de haber arrancado de los muros contiguos a dicha puerta los relieves visigodos en ellos encastrados, que eran una insigne prueba del modo y de la época en que esos muros habían sido contruidos. Los guardias de serficio en el puente nos indicaron, cuando los buscábamos, que habian sido retirados para ser depositados en el Museo, lo que nos extrañó, porque por el mismo procedimiento y razones pudieran arrancarse de las puertas y puentes las lápidas en ellos existentes, que forman precisamente



Antequeruela

uno de sus más importantes valores y casi su entera ejecutoria. Siempre entendimos que los Museos, a los que alguien calificó un tanto excesivamente como los «*cementerios de la Historia*», no deben albergar más que aquellos objetos o recuerdos cuyo primitivo destino desapareció. Pero extraer de su lugar original los viejos testimonios que concretamente realzan y señalan sus antecedentes y caracteres, es poco aceptable y hasta inadmisibile, porque además da una mediana idea de la seguridad que puede haber en una ciudad como Toledo para sus monumentos.

La visita del recinto latino-visigodo hasta la Puerta de los Doce Cantos y las torres bajas del Alcázar, a la par de los restos del acueducto romano y otros situados en las partes inferiores del río, y, luego, la del exterior del castillo de San Servando, sobre

cuya restauración nos reservamos nuestros juicios, terminó esta primera etapa del viaje, que aún se amplió cuando desde el mirador cercano a Nuestra Señora del Valle, pudimos contemplar los escasos vestigios que ya quedan de las defensas toledanas sobre el Tajo, como las torres del Hierro y «de la Casquilla», la Casa del Diamantista y los lienzos y torreones ya medio sepultados que bajo las Carreras de San Sebastián, recuerdan los legendarios recintos del Barrio y del Alcázar de Montichel.

Intermedio muy grato de la excursión fue la cortés invitación de don José Fernando Gutiérrez Calderón, antiguo miembro de la Junta Directiva de la Asociación, donde actuó con un entusiasmo y eficacia bien presentes en la memoria de todos, para visitar el Cigarral del Santo Angel, por él restaurado con la mayor integridad. Quien conozca la situación de esta hermosa propiedad, antes de su adquisición por el señor Gutiérrez Calderón, puede apreciar la suma de esfuerzos, gusto e inteligencia puestos en la reconstrucción de ese viejo solar religioso, alzado sobre una construcción musulmana, ante uno de los paisajes más admirables del Tajo y de Toledo. El Cigarral ha vuelto hoy a su primitivo estado, a costa de muy delicados cuidados y de mucho tacto para restituir ciertos detalles artísticos—entre los que se destaca el gran lienzo de Carducho, repuesto en sus colores y vida, no obstante las 85 mutilaciones o disparos que sufrió—, y reparar, amueblar y dar el adecuado ambiente del siglo XVII toledano al templo y a la residencia. Siendo de notar también algunas felices iniciativas que, como la de crear, mediante la consiguiente autorización del señor Cardenal primado, el patronato o advocación de la Virgen de los Cigarrales, en bella imagen entronizada en la iglesia, han elevado todavía la importancia de esta histórica, evocadora y atrayente finca que es el Santo Angel.

Guiados por el señor Gutiérrez Calderón, se visitaron detenidamente todas sus partes y pormenores, cumplidamente explicados por su atento e hidalgo propietario, que, además, tuvo a bien obsequiar a los excursionistas con suculento y generoso ágape, servido en una de las maravillosas terrazas que dominan la allí caudalosa corriente del río y las lejanas perspectivas de la Vega, con los perfiles de Santa Leocadia, San Juan de los Reyes y todo el recinto que sube hasta la Puerta del Cambrón.

En esta visita fuimos también acompañados por nuestro gentil Secretario de la Junta Directiva, don Arturo Grau, uno de los puntales más firmes de la Asociación, que, con su señora, quisieron sumarse a un acto tan agradable, concediéndonos después, con el señor Gutiérrez Calderón, el gran placer de honrarnos con su presencia en el almuerzo celebrado en el afamado Restaurante Chirón, en el que, tanto por las excelencias de la

minuta como por la animación que en todos reinaba, pasáronse unos momentos verdaderamente satisfactorios y cordiales.

Al regreso del Santo Angel se había recorrido ya a pie el trayecto desde el Puente de San Martín hasta la Puerta del Cambrón, que, con sus murallas adyacentes, fueron examinados minuciosamente. Por ello, la segunda etapa del viaje fue dedicada, luego de admirar la citada puerta y el cercano torreón de los Abades, de notoria importancia, a penetrar en la ciudad para perderse, diríamos, intencionadamente en la misma, y en este paseo, que resultó altamente evocador, se recorrieron los siguientes rincones y monumentos: casa o palacio-fuerte de Maqueda; iglesias de San Andrés, San Salvador y San Justo, en donde se rindió el oportuno homenaje al insigne Juan Guas, allí enterrado, las cuales fueron visitadas por dentro; San Román y San Pedro Mártir, en la que entramos también, aunque con brevedad, y, entre otros, los conventos de San Juan de la Penitencia, San Clemente y Santa Isabel, con el grandioso patio del Asilo Provincial, el Alcázar del Rey Don Pedro o Casa de Samuel Levy, la de los Toledo y otras, cuyos patios artísticos también se entrevieron, para ir a terminar, a través de los pintorescos callejones en que esos monumentos se emplazan, en el convento de Santo Domingo el Antiguo, con la Casa de Garcilaso, el solar de Padilla y la plaza y pasadizos de Santo Domingo el Real, donde ya muy atardecido se dio fin al emocionante aunque prolongado itinerario.

Quien conozca bien a Toledo apreciará lo que esos lugares tan brevemente enunciados, y algunos otros que no se citan, suponen, pues realmente comprenden a toda la extensión de la ciudad, y si se añade que no hubo un solo rincón de tan complicado y enrevesado recorrido que no fuera minuciosamente advertido y comentado en sus rasgos, historia y hasta en sus leyendas, se verá el espíritu que reinó en la excursión, única fuerza capaz de sostener tan larga, completa y, desde luego, fatigosa visita, todavía ampliada al final, para penetrar, ya de noche, hasta el ancho torreón que se alza sobre las puertas de los Alarcónes y del Sol, por las que luego se descendió hasta Santiago del Arrabal y la Puerta Imperial de Carlos V, donde esperaba el coche.

Toledo es, como hemos dicho, un mundo infinito de historia y de arte, de evocaciones y misterios, de poesía y emoción. Digno broche, por tanto, para cerrar este año nuestras peregrinaciones a través de los viejos aunque, a veces, olvidados y abandonados solares, en los que España revive con toda su grandeza. Labor noble y generosa, altamente aleccionadora, además, que, con la ayuda del Señor, habrá de continuarse, pues el deseo, la voca-

ción y el entusiasmo no faltan, unidos a esa singular hermandad de afecto y cordialidad que constituye uno de los más destacados rasgos de estos viajes, en los que la Asociación Española de Amigos de los Castillos cumple una de sus más eficientes y positivas misiones.

FEDERICO BORDEJÉ

Madrid, noviembre de 1960.



UN VALIOSO TESTIMONIO

FUNDACIÓN LAZARO GALDIANO
DIRECTOR-DELEGADO

SERRANO, 127
MADRID

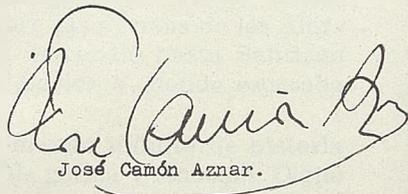
12-XI-60

Excmo. Sr. Don Angel Dotor Municio.
MADRID.

Mi querido amigo:

El juicio que Vd. me pide es difícil sintetizarlo por la cantidad de elogios que tengo que tributar a esa institución. Creo que pocas Asociaciones privadas han hecho tanto por el arte español y aún por nuestra historia, como los Amigos de los Castillos. Ellos han cuidado obras de arte y han cuidado, sobre todo, una tradición que es una de nuestras más legítimas glorias. Los castillos españoles, por lo mismo que han sido de carácter bélico en su mayor parte y no simplemente casas de placer, han seguido la suerte de la historia y de los cambios de tácticas. Y han seguido, además, el triste destino de nuestra decadencia económica que les ha convertido en espectros arquitectónicos en medio de llanuras casi despobladas. Ustedes han devuelto a España el orgullo de los castillos, su conocimiento y, con su conocimiento, el amor a estas reliquias. La labor que les queda por realizar es inmensa todavía. Sólo con ese esfuerzo tan tenaz y tan patriótico de Vds. podrá llevarse a cabo.

Reciba, con mi felicitación por su labor, los
más cordiales saludos.



José Camón Aznar.

Carta que nos ha dirigido el Excmo. Sr. Don José Camón Aznar, eminente tratadista y crítico de Arte, Catedrático y Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, Académico de número de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, Director-Delegado de la Fundación Lázaro Galdiano, Presidente de la Asociación de críticos de Arte, etc., etc. Expresamos nuestro agradecimiento a tan conspicua figura de la intelectualidad española de hoy por su fina atención. Sus juicios, acaso excesivamente enaltecedores, constituyen uno de los mejores estímulos para proseguir nuestra labor.

NOTICIARIO

UNA INTERESANTE EXPOSICION EN BALEARES

La Sección Provincial de Baleares de nuestra Asociación organizó, para ser celebrada en colaboración con el Magnífico Ayuntamiento de la ciudad de Lluchmayor, coincidiendo con las tradicionales ferias de la misma (del 16 al 23 de octubre), una interesante Exposición de castillos, torres de defensa y atalayas de Baleares. El extenso catálogo del certamen comprendió nada menos que un centenar de fotografías de otras tantas obras arquitectónicas felizmente todavía existentes en el archipiélago, catálogo que comienza con un mapa del siglo XVII comprensivo de las atalayas que había en dicha época y continúa con palacios, casas-fuertes, castillos, torres, puertas, etc., de Palma, Alaró, Artá, Capdepera, Felanitx, Pollensa, Cabrera, Lluchmayor, Campos, Alcudia. Manacor, Son Servera, Santanyi, Sóller, Calviá, Bunyalbifar, Estallenchs, S'Horta-Felanitx, Ses Salines, Deyá, Valldemosa y Fornalutx. Nos complace registrar que se van generalizando iniciativas tan meritisimas como ésta, que entrañan franca exaltación divulgadora de los fines perseguidos por nuestra Asociación.

RESTAURACION DE UN FAMOSO CASTILLO

Según la interesante información facilitada por el periodista don Joaquín Nieves, el Gobernador Civil de Orense, don José María Quiroga de Abarca, ha tenido la feliz iniciativa de patrocinar la restauración del famoso castillo de Monterrey, uno de los principales de Galicia, situado junto a la ciudad orensana de Verin, cerca de la frontera lusitana. Como es sabido, esta fortaleza data del siglo XII y su edificación fue motivada por la necesidad de defenderse del belicoso infante portugués don Alfonso Henríquez, nieto del monarca castellano Alfonso VI. Entre los sucesos en la misma registrados figura la estancia del rey Pedro I *el Cruel*, que celebró allí Consejo con sus seguidores, y la muerte alevosa fraguada en aquel recinto del arzobispo compostelano don Suero Gómez de Toledo. Es fama que, posteriormente, se estableció en Monterrey la primera imprenta que hubo en Galicia, cuando el edificio estuvo ocupado por una de las Ordenes monásticas que allí habitaron. Entonces vieron la luz varios incunables y, después, otros trabajos tipográficos famosos. Según testimonia el señor Nieves, «la llamada torre del homenaje, hermoso ejemplar del siglo XV, acaba de ser reparada, restableciéndose las escaleras de piedra exte-

riores y los pasadizos de entrada y el interior, desde cuyo terrado se avista un espléndido panorama. Las obras fueron ejecutadas bajo la dirección del delegado del Patrimonio Artístico Nacional en Verín, el ilustre escritor y académico de la Gallega don Jesús Taboada Chivite. Ahora se proyecta la habilitación de la Torre de las Damas y otros arreglos en la iglesia románica, fachada e interior del Hospital de Peregrinos y el conocido balcón de don Pedro el Cruel. Para dar mayores facilidades a la corriente turística, y dado el interés demostrado por el señor Quiroga de Abarca, se concluyó también una carretera de enlace con una de las pistas construidas por el Patrimonio Forestal del Estado. Esta obra todavía está pendiente de unos pequeños detalles, lo que permitirá al acceso hasta la fortaleza de toda clase de vehículos.»

NUESTRA ASOCIACION EN EL EXTRANJERO

La Delegación o Capítulo de nuestra Asociación en la ciudad norteamericana de Chicago, a cuya constitución ya nos referimos, ha renovado su Junta Directiva, que ahora es la siguiente: Presidente, don Angel Matesanz, ingeniero español de la Liquid Carbonic Division de la General Dynamics Corporation; Secretario, don Antonio Bermúdez, de la Organización Internacional de Viajes Meliá, y Tesorero, señor Reynolds, ingeniero americano, del Consorcio de fabricantes americanos de cemento. Simultáneamente, el número de socios ha aumentado, así como también sus actividades.

El día 1 de septiembre celebró dicho Capítulo una conferencia, seguida de cena, a la cual asistieron numerosos asociados y los directivos locales. La circunstancia de hallarse de viaje en la gran ciudad norteamericana don Leonardo Villena, miembro de nuestra Junta Directiva Central y Presidente de la Sección de Relaciones con el Extranjero, le permitió sumarse a tan simpático y expresivo acto. La cena fue amenizada con una interpretación de danzas de tipo flamenco por una pareja local. Tras los postres, el asociado señor Flys, Doctor por la Universidad de Madrid y Jefe del Departamento de Lenguas Modernas de la Universidad de Loyola (Chicago), proyectó y comentó una serie de fotografías en color que él mismo había obtenido recientemente en nuestra pinacoteca del Prado. Y seguidamente intervino el Dr. Villena, felicitando a los componentes del Capítulo de Chicago por ser el primero y el más activo con que cuenta nuestra Asociación en el extranjero. Disertó acerca de los castillos de España, utilizando numerosos proyecciones.

Cuidó el Dr. Villena de subrayar el hecho de que las circunstancias geográficas e históricas de nuestra Península nos obligaron a resistir primero y a asimilar después culturas foráneas,

creando una singular psicología individual en la raza, de la que uno de sus reflejos son los castillos. Al hacer la proyección de numerosas fotografías en color por él obtenidas de antiguos castillos españoles, el Dr. Villena explicó cómo la influencia de las invasiones y el hecho de que España tuviera que desarrollar en su solar una verdadera cruzada a partir de la octava centuria le permitió construir auténticos castillos, en los que se reflejaban los conocimientos clásicos de Oriente antes de que éstos llegasen al resto de Europa, varios siglos después, o sea tras las Cruzadas, en el XIV. Insistió igualmente en que al no haber existido feudalismo en España, los castillos han conservado su traza originaria, por lo que tanto los levantados en la región norteña como los de las líneas del Duero y del Tajo, y sobre todo las alcazabas y fortalezas árabes meridionales, constituyen verdaderos paradigmas en su clase, únicos en la castilología universal.



BIBLIOGRAFIA

Vázquez Otero, Diego: *Castillos y paisajes malagueños*. Vol. de 21 × 14 cm., 335 págs., ilustrado con numerosas reproducciones fotográficas entre el texto y con sobrecubierta en colores. Publicaciones del Instituto de Cultura de la Excelentísima Diputación Provincial. Málaga, 1960.

He aquí una obra excelente, que responde, en todos sus aspectos, a las mayores exigencias que pudieran formularse emanadas de tema, desarrollo y propósito. Tanto su lectura como su contemplación suscitan en nosotros la idea de lo muy necesaria que es la existencia de otras parecidas atinentes a no pocas provincias españolas donde existen muchos y valiosos castillos, insuficientemente conocidos por faltarles la condigna exaltación divulgadora mediante el libro.

El autor de *Castillos y paisajes malagueños*, miembro de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo, ha estudiado y contemplado, a la vez con detenimiento y tino, con minuciosidad y emoción, la veintena de antiguas edificaciones castrenses de aquella luminosa provincia andaluza, tan henchida de vestigios y antecedentes culturales, cuyos orígenes se remontan a la época protohistórica, y resultado de su meritísima tarea ha sido sintetizar con maestría la esencia de su pasado y cuanto significa la existencia, más o menos conservada, de su fábrica, enmarcada en el paisaje circundante. Resulta, pues, que las estampas escritas por el autor, aun siendo fidelísimas en lo objetivo, adquieren prestancia revivificadora del sentido de lo que fue, cumpliendo así el alto valor de resurrección que entraña la Historia y aun la sentencia de que recordar es volver a vivir, a que se refieren no pocos pensadores gloriosos.

Las palabras liminares con que se abre el volumen marcan ya concluyentemente la noble finalidad perseguida: «Más que las aficiones y deleites que sentimos por el pasado nos mueven hoy afanes de magisterio, encaminados a conseguir una mejor formación patriótica en la juventud, tan inclinada a lo noble y elevado y a todo quehacer que entrañe entereza de ánimo y arrogancia, pensando que, tal vez, estas enseñanzas históricas pudieran aprovechar no sólo a la gente moza, sino a las personas maduras que conviven con ella en pueblos y ciudades, las cuales personas, por tratarse de temas locales que les afectan de cerca y acaso por mera curiosidad, bien pudieran aficionarse a la lectura y a mostrar interés por estas cuestiones.» A continuación ofrécese veintitrés estampas histórico-descriptivas atinentes a sendas fortificaciones malacitanas famosas: «El castillo de Gibralfaro», «Castillo de Antequera», «El castillo del

Laurel», «Castillo de Marbella», «Castillo de Fuengirola», «Castillo de Alora», «Castillo de Archidona», «Castillo de Teba», «El castillo de El Burgo», «Castillo de Cañete la Real», «Castillo de Benadalid», «Castillo de Gaucin», «Ante las ruinas del castillo de Cártama», «El castillo de Comares», «El castillo de Alozaina y el heroísmo de María Sagredo», «Castillo de Zalía», «La fortaleza de Vélez Málaga», «Castillo de Bentomil», «El castillo de Bobastro», «El castillo de Casarabonela», «Los castillos de Monda», «El castillo de Turón» y «La alcazaba malagueña».

Riguroso en el dato, jugoso en la anécdota, ameno en el estilo, Vázquez Otero desarrolla su tarea brillantemente como cumple a su competencia, a su dedicación y a su amor. Y el lector, que desde las primeras páginas puede advertir esa realidad de nuestro aserto, adquiere, si no lo posee, o reafirma, si ya lo sentía, el debido concepto en orden a la importancia que Málaga reviste en el concierto general de la antigua arquitectura militar hispana, no circunscrita, según es bien sabido, como otrora se creía, a la región central insular, genitora de la nacionalidad, que de los castillos tomó nombre. Señalemos, para terminar, el patente interés documental de las vistas fotográficas y los dibujos que ilustran la obra, así como también el singular ejemplo que brinda la primera de las corporaciones provinciales malagueñas patrocinando la publicación del libro de don Diego Vázquez Otero, escritor a quien ya proporcionaron merecido renombre los precedentes publicados, todos ellos de sugestivos temas vernáculos: *Leyendas y tradiciones malagueñas*, *Vida de Vicente Espinel*, *Ronda y Teba*.

A. D.

Ortiz Echagüe, José: *España. Castillos y alcázares*. Tercera edición, con prólogo de Fray Justo Pérez de Urbel. Vol. en folio, de 36 págs. de texto, ilustrado con 396 láminas en huecograbado y 16 planchas en color, encuadernado en tela, con sobrecubierta. Madrid, 1960.

Esta obra, cuya gran difusión alcanzada en el lustro que ha transcurrido desde que vio la luz su primera edición denota ya su patente interés, viene a constituir una aportación ejemplar para el estudio divulgador de la arquitectura militar, aportación brindada precisamente cuando se está robusteciendo el clima de curiosidad y general devoción hacia el conocimiento de uno de los aspectos esenciales del tesoro monumental y artístico español, hasta hace poco tan ignorado.

Con ser tan manifiesto el mérito de los precedentes volúmenes de la serie creada por el autor con miras a la exaltación de cardinales aspectos patrios, creemos que resulta superado por el que ofrece este otro, *España. Castillos y alcázares*, mérito ema-

nado de la indudable grandeza, a la vez real y simbólica, que evocan las seculares edificaciones castrenses hispanas, hitos de gloria, índices de esfuerzo, paradigmas siempre de la caballerosidad e hidalguía—del *ethos* y del *pathos*, costumbrismo y pasión—autóctonas, peculiares del hispano ser y sentir, que presidieron nuestro vivir a lo largo de una etapa milenaria. Todo un recorrido del suelo nacional ha supuesto para Ortiz Echagüe el planeamiento del volumen y la captación de las vistas de dos centenares y medio de esos a la vez mudos y altivos bastiones de pretérita grandeza que se yerguen en la soledad de la paramera, en lo arriscado del alcor o cabe la rumorosa zona costera. La visión de esas láminas en que fidelísimamente aparecen reproducidos tales arquetipos es un verdadero deleite para los ojos y para el espíritu. Y al embrujo de la lámina detallista—ora de tonalidad negra, ora de gaya policromía—se empareja lo atinado del sintético texto, erudito y expresivo, cautivador tanto en el estudio liminar, que ofrece el lineamiento del tema, como en el índice comentado de las láminas integrantes de las que cabría denominar fichas sintéticas donde se recoge la explicación alusiva.

La unidad temática del libro, que el sólo enunciado de su rótulo deja ya entrever, al abordarse en él la visión genérica de lo que constituyó un excepcional exponente sociológico y guerrero definidor de toda una época histórica, no empece, decimos, su variedad, la cual muéstrase perfilada en las artísticas fotografías de Ortiz Echagüe, tanto las que se refieren a conjuntos monumentales como aquellas atinentes a pormenores, aspectos ambos—como todos los emanados del arte de Niepce y Daguerre—en el que el autor es maestro insuperado, con nombradía internacional. Los castillos y alcázares elegidos por el mismo entre cuantos se hallan diseminados por Andalucía, Aragón, Castilla, Cataluña, Extremadura, Galicia, León, Levante, País Vasco-Navarro y Baleares denotan su don selectivo no sólo por el espécimen representativo en sí, sino dada su significación particular en determinados elementos y, también, la conveniente perspectiva, el sentido del paisaje circundante y la luz. Si a esto unimos que para emprender su rotero Ortiz Echagüe se había pertrechado de un buen bagaje de lecturas acerca de los castillos y alcázares españoles, habremos de convenir en que resulta consecuencia natural el tino en la selección y el acierto interpretativo. Seguros estamos de que son bastantes estas consideraciones, subsiguientes a la contemplación y lectura de *España. Castillos y alcázares*, para denotar nuestra vivida expresión admirativa hacia ese gran español que se llama don José Ortiz Echagüe por su nuevo tributo pro patria y cultura, que en esta nueva edición aparece superado, en relación con la primera, en su día comentada en este BOLETÍN, con el aditamento de 84 lá-

minas en huecograbado y dos planchas en color, a más del magnífico prólogo del ilustre humanista benedictino.

A. D.

Rull Villar, Baltasar: *La rebelión de los moriscos en la Sierra de Espadán y sus castillos*. Folleto en 4.º de 22 págs., separata de «Anales del Centro de Cultura Valenciana». Valencia, 1960.

Comprende este folleto el texto íntegro de la conferencia pronunciada por el señor Rull, ilustre magistrado y escritor, en la sala de Previsión Sanitaria, de Madrid, como segunda de las correspondientes al ciclo 1958-1959, organizado por la Sección de Divulgación Cultural de nuestra Asociación, que preside el autor, Vocal de la Junta Directiva de la Entidad y miembro del Consejo de Redacción de este BOLETÍN. El manifiesto interés del tema, poco menos que inédito para el gran público, pese a su alto significado en el pasado nacional, así como el dominio elocutivo, la objetividad y la ponderación enjuiciadora con que lo desarrolló el orador, fueron reflejados al dar cuenta del acto en el número 24 de esta publicación. De aquí que consideremos lo más atinado reproducir aquí la siguiente parte sustancial de la reseña: «Don Baltasar Rull disertó sobre un tema muy poco conocido y de interés histórico singular, que hace de actualidad su relación con Carlos I. Con su fácil y amena palabra, el señor Rull buscó las raíces de la sublevación de los moriscos en el enquistamiento en que se les dejó a raíz de la Reconquista y en la discriminación racial con la que quisieron terminar los dirigentes de las Germanías valencianas. Estudió este movimiento, que calificó de primera revolución social, clasista y sindical de España, y estableció un interesante paralelo entre las Germanías y las Comunidades de Castilla, en las que, por el contrario, ve un movimiento político de tipo tradicionalista contra las novedades y desafueros de Carlos I. Describió la geografía de la Sierra de Espadán, la concentración en ella de los moriscos del Reino de Valencia, los castillos en que se hicieron fuertes, los episodios de la lucha contra los ejércitos al mando del Duque de Segorbe, don Alfonso de Aragón, y el final de aquella dramática y descabellada rebelión. Terminó con unas consideraciones a manera de lección que aquel episodio histórico nos ofrece y con un llamamiento a la fraternidad universal, condenando las discriminaciones y el genocidio.»

A. D.

En esta sección se publicará la reseña de todos los libros y revistas total o parcialmente relacionados con los castillos y, en general, con la arquitectura militar antigua, de los que se envíen dos ejemplares al señor Redactor Jefe del BOLETÍN, Plaza Mayor, 27, 3.º, Madrid.

Publicaciones de la Asociación Española de Amigos de los Castillos

BOLETIN SOCIAL

OFICINA: PLAZA MAYOR, 27. 3.º-TEL. 221 2454

PRECIOS DE SUSCRIPCION

<i>Un año (cuatro números)</i>	<i>60 ptas.</i>
<i>Número corriente.</i>	<i>20 »</i>
<i>» atrasado.</i>	<i>26 »</i>
<i>Números publicados: 30.</i>	
<i>Agotados los números 1, 2, 12, 13 y 14.</i>	

OTRAS PUBLICACIONES

	PRECIO
Bordejé Garcés, Federico: «Castillos desde el aire», 1955.....	15,— ptas.
Bordejé Garcés, Federico: «Castillos desde el aire», 1956.....	20,— »
Bordejé Garcés, Federico: «Castillos desde el aire», 1957.....	15,— »
Dotor y Municio, Angel: «Alarcón, inédito paradigma del arte y la historia patrios».....	15,— »
Dotor y Municio, Angel: «Los Castillos de Segovia».	Agotado
Layna Serrano, Francisco: «Atienza, su castillo y la <i>caballada</i> ».....	15,— »
Layna Serrano, Francisco: El castillo-palacio de los Obispos de Sigüenza	15,— »
Marañón, Gregorio: «Los castillos en las Comunidades de Castilla».....	12,— »
Prast, Antonio: «La torre del homenaje del castillo de la Mota de Medina del Campo»	15,— »
Rico de Estasen, José: «Loa apasionada de los castillos españoles».....	12,— »
Sanz y Díaz, José: «Panorámica con el castillo de Molina al fondo».....	10,— «

Distinciones en el "Día de los Castillos"

La Asociación Española de Amigos de los Castillos se propone, al igual que en años anteriores, y con motivo de celebrar, el 22 de abril próximo, el llamado «Día de los Castillos», la concesión de distinciones honoríficas como premio estimulador para la protección y conocimiento de la arquitectura castrense nacional.

Para ello se requiere disponer del tiempo preciso, a fin de realizar el estudio detenido y el debido discernimiento en cuantos casos puedan considerarse merecedores de tales distinciones, por lo que ruega encarecidamente a los señores asociados y simpatizantes le comuniquen con la mayor prontitud posible los nombres y direcciones de aquellas personas que hayan realizado esa labor pro castillos, como son: obras de restauración y conservación, estudios de investigación histórica, publicaciones divulgadoras, etc.

Toda petición o propuesta en tal sentido deberá ir acompañada de los datos informativos y justificación pertinentes.

ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE AMIGOS DE LOS CASTILLOS
Plaza Mayor, 27, 3.º — Teléfono 221 24 54 — Madrid-12

Publicaciones de la Asociación Española
de Amigos de los Castillos

BOLETIN SOCIAL

REVISTA DE LA ASOCIACION ESPAÑOLA DE AMIGOS DE LOS CASTILLOS

Dedicaciones en el "Día de los Castillos"

La Asociación Española de Amigos de los Castillos se ha
propuesto en el presente año dedicar el día de los Castillos a la
dedicación de premios honoríficos como premio especial para
la protección y conservación de los castillos españoles.
Para ello se requiere disponer del tiempo necesario para
realizar el estudio del día y el debido reconocimiento en el
caso de haber sido merecedores de tales distinciones.
Por lo que queda encomendado a los señores asociados y
simpatizantes se comprometan con la mayor prontitud posible
las tarjetas y direcciones de aquellas personas que hayan con-
tribuido al estudio de los castillos, tanto desde el punto de vista
de la conservación, estudio de investigación histórica, artística
y arqueológica, etc.
Toda dedicatoria o propuesta en tal sentido deberá ir acompa-
ñada de los datos siguientes y justificados debidamente.

Asociación Española de Amigos de los Castillos
Plaza Mayor, 27, 3.º — Teléfono 331 24 54 — Madrid 12

El día de los Castillos se celebrará el día 10 de mayo de 1960.
El premio consistirá en una tarjeta de agradecimiento y un diploma.
El premio será otorgado por el Comité de Amigos de los Castillos.
El premio será otorgado a las personas que hayan contribuido al estudio
de los castillos, tanto desde el punto de vista de la conservación,
estudio de investigación histórica, artística y arqueológica, etc.
El premio será otorgado a las personas que hayan contribuido al estudio
de los castillos, tanto desde el punto de vista de la conservación,
estudio de investigación histórica, artística y arqueológica, etc.
El premio será otorgado a las personas que hayan contribuido al estudio
de los castillos, tanto desde el punto de vista de la conservación,
estudio de investigación histórica, artística y arqueológica, etc.

Una colección que ofrece gran interés para los Amigos de los Castillos y, en general, cuantas personas sientan devoción por la historia y el arte patrios:

Ciudades monumentales de España

Volúmenes de 246 a 300 páginas, 19 x 15 cm., ilustrados con una veintena de láminas que reproducen vistas fotográficas, encuadernación en semitela, con sobrecubierta policroma.

Publicados:

Ciudades del Centro

(A vila-Burgos-Cuenca-Palencia-Salamanca-Segovia-Sigüenza-Toledo-Valladolid-Zamora)

por

ANGEL DOTOR

Precio del ejemplar: 37 pesetas

El eminente escritor don Federico Carlos Sáinz de Robles dijo de esta obra en el diario "Madrid": "*Ciudades monumentales de España* está emotivamente escrito y magistralmente compendiado, es un libro en el que se entreveran la amenidad con el más noble estilo, la fuerza evocadora con la verdad histórica, la gracia interpretativa con la unción lírica".

Ciudades del Norte

(La Coruña-Santiago de Compostela-Lugo-Orense-Pontevedra-Oviedo-León-Santander-Bilbao-San Sebastián-Vitoria-Pamplona-Huesca-Jaca)

por

JOAQUIN PLA CARGOL

Precio del ejemplar: 38 pesetas

De próxima aparición:

Ciudades del Sur

(Cáceres-adajoz-Huelva-Sevilla-Jerez de la Frontera-Cádiz-Córdoba-Jaén-Málaga-Granada-Almería-Murcia)

por

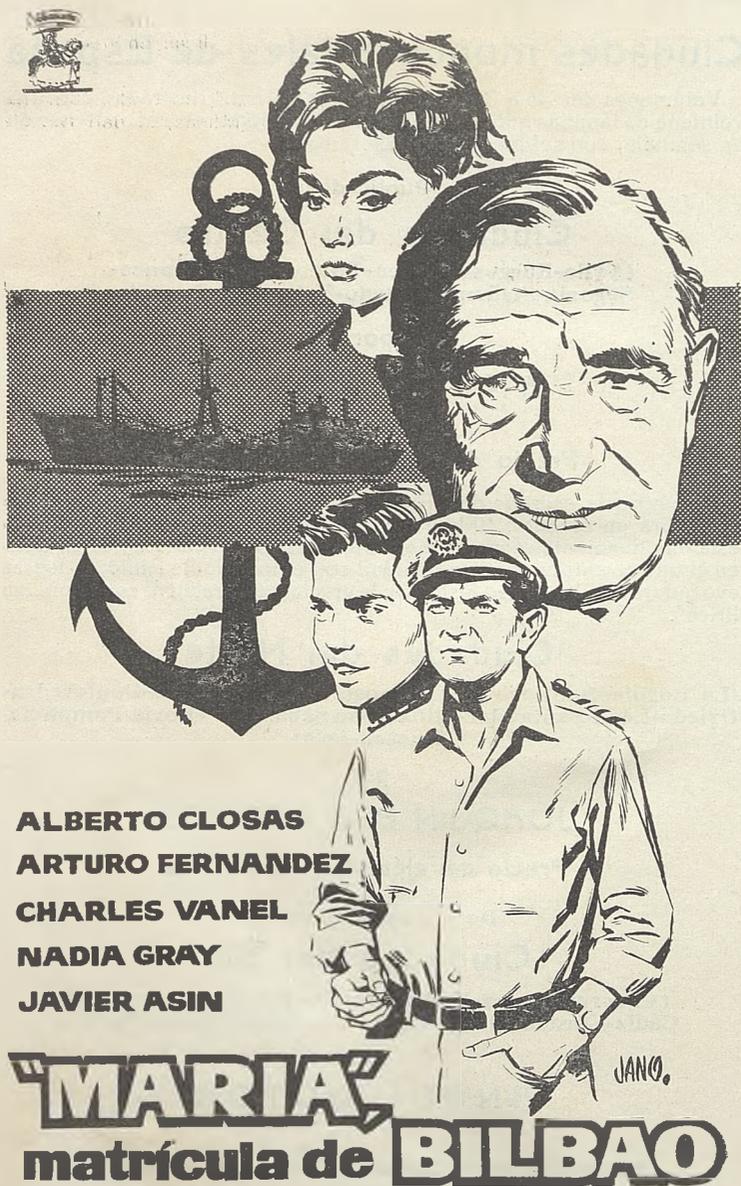
ANGEL DOTOR

Pedidos: Asociación Española de Amigos de los Castillos

Plaza Mayor, 27, 3.º, Madrid.

Teléfono 21 24 54

La más grande realización de Ladislao Vajda, en un auténtico superespectáculo cinematográfico



ALBERTO CLOSAS
ARTURO FERNANDEZ
CHARLES VANEL
NADIA GRAY
JAVIER ASIN

"MARIA"
matrícula de **BILBAO**

DIRECTOR

Ladislao Vajda

CINEMASCOPE

ARGUMENTO Y GUIÓN:
SANCHEZ SILVA Y LUIS DE DIEGO

BANCO HISPANO AMERICANO MADRID

Capital autorizado 650.000.000 Ptas.
Capital desembolsado 625.000.000 »
Reservas 1.500.000.000 »

CASA CENTRAL: Plaza de Canalejas, núm. 1

Sucursales en las principales localidades de la
Península, Ceuta, Melilla, Baleares y Canarias

Corresponsales en todo el mundo

Servicio especializado para las operaciones
con el exterior en su Departamento Extranjero

SUCURSALES URBANAS:

Alcalá, número 68	Legazpi (Gta. Beata. María Ana de Jesús, 12)
Atocha, núm. 55	Mantuanano, número 4
Avda. José Antonio, núm. 10	Marcelo Usera, núm. 47
Avda. José Antonio, núm. 29 (esquina a Chinchilla)	Mayor, número 30
Avda. José Antonio, núm. 50	Narváez, número 39
Bravo Murillo, núm. 300	P.º Gral. Martínez Campos, 31
Carretera Aragón, núm. 94	P.ªa Emperador Carlos V, 5
Conde de Peñalver, núm. 49	Pte. Vallecas (Avenida de la Albufera, 26)
Duque de Alba, número 15	Rodríguez San Pedro, 66
Eloy Gonzalo, número 19	Sagasta, número 30
Fuencarral, número 76	San Bernardo, número 35
J. García Morato, 158 y 160	San Leonardo, 12 (junto a la Plaza de España)
Lagasca, número 40	Serrano, número 64

Aprobado por la Dirección General de Banca, Bolsa e Inversiones, con el núm. 3.527

¡COMO SE ALEGRARA CUANDO SEA MAYOR!

PERUTZ

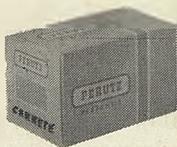
FOTO



La
famosa
calidad

PERUTZ

ahora
en
nuestro
mercado.



PERUTZ PERPANTIC 17/10° DIN

PERUTZ PEROMNIA 21/10° DIN

PERUTZ PERKINE-U-15

Filicula inversible 8 mm., para aficionado.

Perutz

Con **PERUTZ** ... ¡es tan fácil!

IMP. COSANO - PALMA, 11 - TEL. 225595 - MADRID